

Unidad 2

- Europa.

C. Europa

C. 1. Paleolítico y mesolítico en Europa Occidental

Hasta el presente no parecen haberse encontrado en Europa occidental industrias tan antiguas como las del sur o del este de Africa. Si se toman como marco general las cuatro grandes glaciaciones del Cuaternario (Günz, Mindel, Riss y Würm), no parece que haya en ellas indicios ciertos de actividades humanas con anterioridad al Mindeliense. Recordemos que las subdivisiones de estas glaciaciones que se han utilizado en Francia no se corresponden, en el caso del Würmiense, con las alemanas. Damos a continuación las equivalencias: Würm I + Würm II francés = Würm I alemán; Würm III francés = Würm II alemán; Würm IV francés = Würm III alemán^{1, 2, 3}. Esta subdivisión francesa del Würm I se basa en la existencia al norte de este país de dos loess musterienses, separados por un suelo de alteración cuya importancia es difícil valorar debido a que sólo se conserva su base, y a que el techo fue destruido por las intensas solifluxiones de comienzos del Würm II francés. No obstante, los datos procedentes de cuevas y abrigos, y los de los loess del valle inferior del Ródano indican que este interés fue bastante acentuado⁴.

Salta a la vista que no es posible, en el marco de esta obra, facilitar una relación exhaustiva de la prehistoria paleolítica y neolítica de Europa occidental. Hemos seleccionado los ejemplos más característicos.

I. EL ABBEVILLIENSE

El valle del Somme, célebre por los trabajos del fundador de la prehistoria, Boucher de Perthes⁵, sigue siendo en la actualidad una de las regiones de mayor importancia para el estudio del Paleolítico inferior. Es el único lugar donde se puede asegurar que existe el Abbevillense «Prechelense de Commont». Presenta una sucesión de terrazas (superior, alta, media, baja superior y baja inferior). En la terraza alta, que se suele situar en el Mindeliense, la explotación, a finales del siglo pasado, de las graveras de Abbeville proporcionó una rica fauna primitiva (*Elephas antiquus*, *El. meridionalis*, *Rhinoceros etruscus*, *Machairodus*, etc.), junto a un utillaje bastante abundante y ya relativamente evolucionado. El utensilio principal es el hacha de

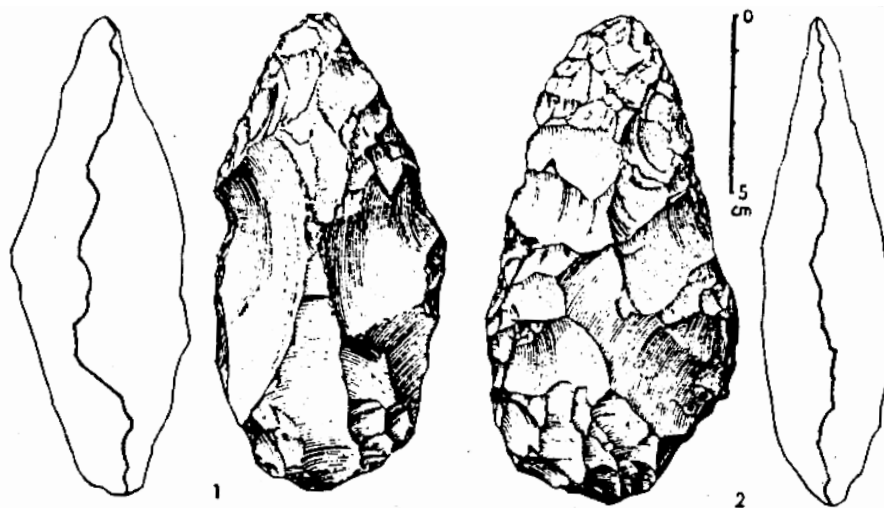


Fig. 1. 1: hacha de mano bifacial abbevilliense. 2: hacha de mano bifacial del Achelense medio.

mano bifacial (o *coup de poing*), obtenida a partir de un «riñón» de sílex mediante eliminación de grandes lascas, y que presenta aristas laterales sinuosas y una punta poco trabajada (fig. 1.1). Habría sin duda útiles sobre lasca, pero en la época de tales excavaciones en que eran los obreros quienes encontraban la mayoría de los objetos, no se recogió ninguno. También es posible que hubiese guijarros tallados del tipo de los hallados en el Abbévillien antiguo de Olduvai, en Africa oriental. No se conoce en Europa occidental ningún ejemplar humano de esta época remota, pero es probable que se pareciese al poseedor de la mandíbula encontrada en Mauer (Alemania). Sin duda era cazador y vivía en las márgenes de los ríos, donde encontraba el sílex con el que fabricaba sus utensilios.

La presencia de Abbévillien se ha señalado en múltiples lugares de Francia, pero es preciso recordar que suelen presentarse hachas bifaciales toscas en industrias más evolucionadas. No obstante, parece probada su existencia en el valle de la Charente, quizá en Inglaterra, y en algunas playas levantadas de Portugal⁶. Recientemente se ha descubierto en el valle del Durance una cueva con fauna mindeliense y sin utillaje hasta el presente, pero con numerosos hogares.

II. EL ACHELENSE

a) *El Achelense antiguo*

La industria siguiente ha sido denominada achelense, del arrabal de Saint-Acheul, en Amiens. Poseemos una información deficiente sobre la manifestación más antigua de esta industria,

que hasta el presente no se ha podido hallar *in situ*. Por consiguiente, resulta difícil seguir su evolución a partir del Abbevi-lliense, aunque parece directa, debido al afinamiento de las hachas bifaciales y a la invención de nuevas formas, especialmente las «limandes», hachas elípticas de talla bifacial, más o menos planas. Comienzan a desarrollarse los utensilios en lasca, y se encuentran cierto número de auténticas raederas y algunas puntas toscas. Este Achelense inicial se desarrolló durante el interglaciar Mindel-Riss, largo y cálido; pero las intensas solifluxiones de comienzos del Rissense han acabado con la mayor parte de los yacimientos.

b) *El Achelense medio*

Nos hallamos mucho mejor documentados ya que los loess antiguos han protegido los yacimientos. En Cagny, aldea situada a pocos kilómetros de Amiens, al explotar el loess y las graveras de la terraza media del Rissense, apareció un yacimiento riquísimo de esta época, que ha suministrado centenares de hachas bifaciales y útiles en lascas, y millares de lascas procedentes de las tallas. Las hachas bifaciales son de una gran variedad: las hay lanceoladas, amigdaloides (fig 1, 2), «limandes» algo más planas, etc. El utillaje de lascas es abundante e incluye varios tipos de raedera, puntas, utensilios denticulados, perforadores, etc. Debe observarse que a partir de este nivel comienza ya a aparecer la técnica levalloisiense, aunque no existe en otros yacimientos de la misma época. A un nivel algo más evolucionado corresponde al taller de Commont, situado en la base de los loess antiguos de Saint-Acheul, algunas de cuyas hachas bifaciales de forma lanceolada ofrecen ya el tipo micoquiense.

El Achelense medio se halla muy difundido por Europa occidental. En Francia abunda en casi todas partes y también se encuentra en ciertas cuevas. Algunos de los yacimientos de Inglaterra son muy ricos: en Swanscombe, en las afueras de Londres, se han descubierto unos fragmentos de cráneo en los que algunos antropólogos creen ver un antepasado del *homo sapiens*. También existe en Bélgica. En España presenta una facies algo especial, con hachuelas de lascas de tipo africano; en Torralba, cerca de Medinaceli, los achelenses medios cazaban el elefante antiguo, muchos esqueletos del cual se han encontrado junto a los útiles de los cazadores.

c) *El Achelense superior*

Comienza en el Rissense tardío, se continúa en el interglaciar Riss-Würm y finaliza con el Micoquiense, al iniciarse el Würmiense. Suele encontrarse en el tercer loess antiguo, en

aluviones interglaciares y en cuevas. Las hachas bifaciales son ahora de un tipo muy evolucionado, muchas lanceoladas, con punta finamente retocada y aristas laterales rectilíneas. Asimismo las hay cordiformes, amígdaloides, etc. La técnica levaloiense se halla a menudo considerablemente desarrollada, sobre todo en el norte de Francia, y especialmente en Tillet (Seine-et-Marne)⁷. Es casi imposible distinguir el utillaje de lascas del Musteriense. En el sudoeste francés, el Achelense superior muestra a veces afinidades españolas. El nivel superior de La Micoque, en Les Eyzies (Dordoña) ha proporcionado el Micoquiense, o Achelense de fines del Würmiense⁸, que en el litoral mediterráneo francés presenta con frecuencia una facies más tosca, debido al hecho de haber sido tallado en calizas o cuarcitas. Existe Achelense superior en Inglaterra, Bélgica, España y Portugal.

III. CLACTONIENSE Y TAYACIENSE

A la vez que el Achelense se va desarrollando una nueva industria, el Clactoniense, asimismo derivada de las primitivas industrias de útiles sobre guijarros, pero que no ha llegado a adquirir verdaderas hachas bifaciales. El yacimiento epónimo (Clacton-on-Sea) se halla en Inglaterra⁹, pero la industria aparece igualmente en Francia. Se sospecha su existencia en los valles del Somme, Claise y Charente¹⁰, pero resulta difícil distinguir su utillaje de lascas del correspondiente al Achelense. Esta industria ha conservado los guijarros tallados y se ha encontrado en cuevas en el Pech-de-l'Azé II (Dordoña) y en Fontéchevade (Charente); este último yacimiento ha proporcionado algunos fragmentos de cráneo, semejantes a veces a los de Swanscombe.

Los niveles inferiores (3, 4, 5) del yacimiento de La Micoque (Dordoña) han suministrado una industria que Breuil denominó Tayaciense (de Tayac, primitivo nombre de Les Eyzies). Se trata de una industria que recuerda el Clactoniense, aunque prefigure ciertos tipos de Musteriense: raederas gruesas, muchas veces con retoque de escama, puntas, piezas denticuladas y hojas de muesca. Tampoco aquí el utillaje de lascas se diferencia demasiado del perteneciente al Achelense rissienne contemporáneo, pero carece de auténticas hachas de talla bifacial.

IV. LA VIDA EN EL PALEOLITICO INFERIOR

La mayoría de los yacimientos corresponden a asentamientos situados al aire libre, en las márgenes de los ríos y en las mesetas, pero cada vez se descubren más yacimientos en el

interior de las cuevas, que, muy probablemente, pasaron a ocupar los hombres una vez que el dominio del fuego les permitió expulsar de ellas a las fieras. Los primeros indicios de fuego parecen remontarse al Mindeliense, pero a partir del Rissiense es cuando empiezan a multiplicarse las huellas de fuego en cuevas y estaciones al aire libre. Desconocemos si el hombre se contentaba con mantenerlo encendido o sabía ya cómo producirlo. El hombre es esencialmente cazador, y no teme enfrentarse con las piezas de mayor tamaño: *Rhinoceros Mercki* en el Clactoniense del Pech-de-l'Azé, y *Elephas antiquus* en el Achelense de Torralba. Ignoramos su organización social, o sus creencias religiosas. No se conoce ninguna sepultura.

V. LA ETAPA MUSTERIENSE (Paleolítico medio)

El musteriense no es de hecho una sola industria, sino un complejo de industrias que no derivan unas de otras. En Francia existen por lo menos cuatro grandes tipos de Musteriense, que perduran desde el principio del Würmiense hasta el interestadío II-III, y quizá a veces llegue incluso en algunos puntos hasta comienzos del estadio III (II).

a) *El Musteriense de tradición achelense*

Deriva del Achelense, pero no siempre es antiguo, como se suele creer equivocadamente. Es el más evolucionado de todos los musterienses, el de más rica invención. La fase inicial del Musteriense de tradición achelense posee todavía algunas piezas bifaciales lanceoladas, pero, sobre todo, hachas bifaciales triangulares o cordiformes (fig. 2.i.3) un elevado porcentaje de raederas raramente gruesas (fig. 2.d.3), puntas (fig. 2.d.7), piezas con muesca y piezas denticuladas, escasos cuchillos de dorso rebajado tallados en anchas lascas (fig. 2.d.2), y útiles de formas propias del Paleolítico superior (buriles, raspadores y perforadores) que, inventados ya por los achelenses, se desarrollan en este momento. La fase superior del Musteriense de tradición achelense posee una cantidad menor de hachas bifaciales, menos trabajadas y de tamaño inferior; la proporción de raederas disminuye; adquieren más desarrollo los cuchillos de dorso rebajado, y con frecuencia se tallan a partir de hojas (fig. 2.d.1) tendiendo hacia el «cuchillo de Châtelperron» de comienzos del Paleolítico superior¹¹. Ambos estadios pueden o no presentar una talla levalloisiense, es decir, con lascas, hojas o puntas (figs. 2.i.1 y 2.i.4) de forma predeterminada, y en ambos se apunta un utillaje de hojas talladas, a veces, a partir de núcleos

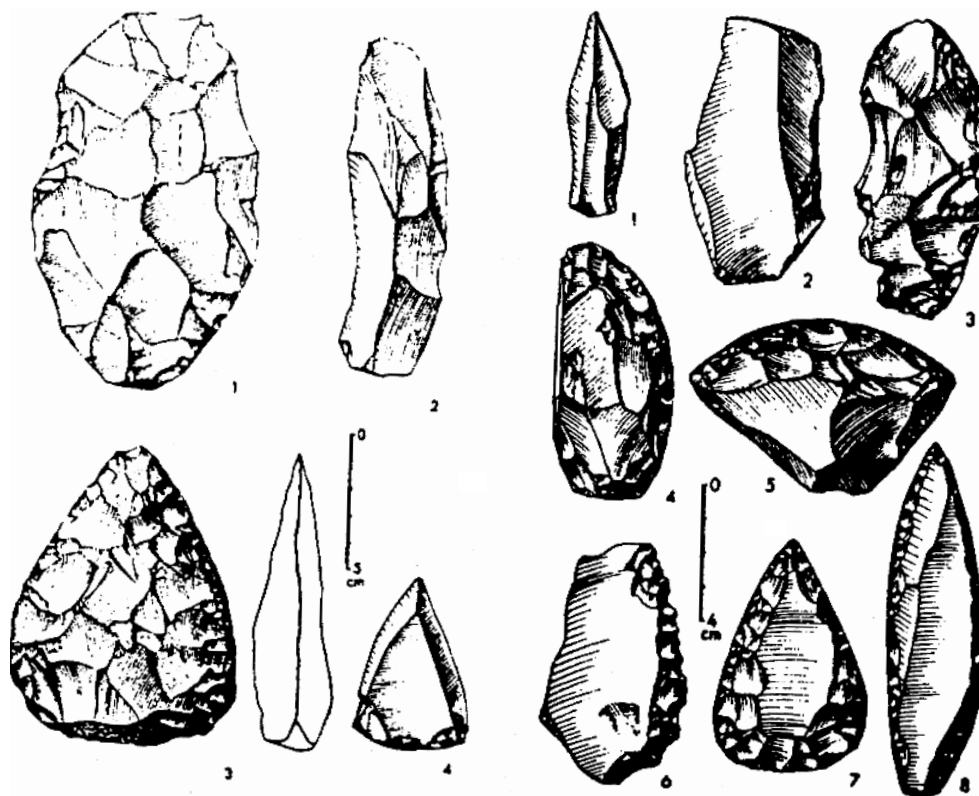


Fig. 2. *Izquierda*.—1: lasca levalloisiense. 2: hoja levalloisiense. 3: hacha bifacial del Musteriense de tradición achelense. 4: punta levalloisiense. *Derecha*.—1: cuchillo del Musteriense de tradición achelense evolucionada. 2: cuchillo del Musteriense de tradición achelense antiguo. 3: raedera del Musteriense de tradición achelense. 4: raedera del Musteriense, tipo La Quina. 5: raedera transversal del Musteriense, tipo La Quina. 6: utensilio denticulado. 7: punta musteriente. 8: punta musteriente de forma alargada.

especiales. El Musteriense de tradición achelense parece ser un fenómeno básicamente occidental, si bien se encuentran algunos yacimientos en Alemania e incluso en Oriente Medio.

b) *El Musteriense tipo La Quina-La Ferrassie*

Probablemente es el de mayor difusión y, además, el que ha proporcionado la mayor parte de las sepulturas de hombres de Neandertal. La facies La Quina se caracteriza por una técnica levalloisiense muy poco acusada, con abundantes lascas de talón ancho y liso, por un porcentaje muy elevado (hasta el 80 %) de raederas, y por la ausencia o extrema escasez de hachas bifaciales y de cuchillos de dorso rebajado. Entre las raederas son características las raederas convexas gruesas (fig. 2.d.4), con retoque de escama, y las transversales gruesas (fig. 2.d.5) con idéntico retoque. Hay además raederas de amplio retoque bifa-

cial, que se han confundido a menudo con auténticas bifaces o con *blattspitzen* (puntas de hoja). La facies La Ferrassie se distingue de ella por su técnica claramente levalloisiense y la menor proporción de raederas gruesas y transversales.

c) *El Musteriense típico*

Más escaso, posee un porcentaje inferior de raederas (de 35 a 60 %), y sólo muy raramente presenta raederas gruesas de retoque de escama. Puede incluir un número muy pequeño de piezas bifaciales, y presenta habitualmente un porcentaje notable de puntas, a veces de gran longitud (fig. 2.d.8).

d) *El Musteriense con piezas denticuladas*

Se caracteriza por la escasez y mediocre calidad de las raederas (difícilmente más de un 15 %) y de las puntas. Los utensilios predominantes son las piezas con muesca y, sobre todo, las denticuladas, que pueden representar el 45 % del utillaje (fig. 2.d.6). Los bifaces y cuchillos de dorso rebabajado son escasos o inexistentes.

En España, el Musteriense se encuentra bien representado. En la región cantábrica comprende un tipo especial, con hachuelas talladas en lascas, que se extiende por la región de los bajos Pirineos y de Las Landas, en Francia, y algunos niveles de tipo La Quina. En el valle del Manzanares, cerca de Madrid, el Musteriense presentaría, según algunos autores, influencias africanas. En el sur, cerca de Granada, existe un espléndido Musteriense típico. Finalmente, se ha señalado la presencia en Cataluña de Musteriense con formas denticuladas en el abrigo Romaní. En Spy (Bélgica), se encuentra Musteriense de tradición achelense y Musteriense tipo La Quina; este último ha proporcionado algunos esqueletos humanos. En Inglaterra, el Musteriense parece más escaso que el Achelense.

VI. LA VIDA HUMANA DURANTE EL MUSTERIENSE

Durante los grandes fríos de la glaciación würmiense el hombre habita preferentemente en cuevas y abrigos, si bien muchos yacimientos situados al aire libre podrían representar campamentos de verano. La constante presencia de restos de fuego indica que probablemente sabía cómo encenderlo. Continúa viviendo de la caza, y posee, como mínimo, algunos rudimentos de sentimiento religioso, puesto que entierra a sus muertos en fosas a veces acompañados de otras fosas secundarias que contienen osamentas animales, sin duda dispuestas como ofrenda. No se posee ninguna prueba de la existencia de actividades

artísticas, a no ser la presencia, en algunos yacimientos, de lápices de bióxido de manganeso o de ocre en cantidades notables.

VII. EL PALEOLITICO SUPERIOR ^{12, 13, 14}

Se inicia en Francia con dos industrias diferentes, el Perigordense y el Auriñaciense, que coinciden con la aparición del *homo sapiens*.

a). *El Perigordense*

Hace su aparición durante el interestadio II-III, bajo la forma de Perigordense inicial (denominado a veces Chatelperroniense), que parece tener su origen en un Musteriense de tradición achelense evolucionado. En sus comienzos esta industria aún conserva una elevada proporción de utensilios musterienses: raederas, objetos denticulados, cuchillos de dorso rebajado y, en ocasiones, algunas hachas bifaciales. Pero los raspadores terminales, sobre hoja o lasca, predominan ya sobre los laterales; los buriles, en un principio bastante raros, adquieren mayor desarrollo, y la talla se hace más laminar. El útil característico es el cuchillo de Châtelperron, obtenido rebajando el borde de una hoja para conseguir un dorso curvado. Hay asimismo hojas truncadas. Ciertos niveles del Perigordense antiguo evolucionado no presentan ya casi ningún indicio del Musteriense, en tanto que el dorso de los cuchillos muestra tendencia a hacerse rectilíneo.

El Perigordense evolucionado (denominado a veces Gravetiense) deriva de este Perigordense primitivo. Abundan ahora los buriles, con una gran variedad de tipos (fig. 3.i.4.8) a veces múltiples, o asociados en la misma pieza a un raspador, un perforador o una hoja truncada. Los raspadores se hallan en un número algo inferior (fig. 3.i.10), y, generalmente, son planos. El utensilio característico es la punta de la Gravette (figura 3.i.1.2), de dorso más o menos rectilíneo. Aparecen también hojas de dorso rebajado y puntas de azagaya óseas (fig. 3.i.9).

El Perigordense superior presenta además algunos útiles peculiares: las puntas de la Font-Robert pedunculadas (fig. 3.i.5) y los diminutos buriles múltiples denominados de Noailles (figura 3.i.6.7).

El Perigordense final, estudiado en dos depósitos de Les Eyzies, no ofrece ya estos utensilios especiales, sino un gran número de hojas truncadas y bitruncadas.

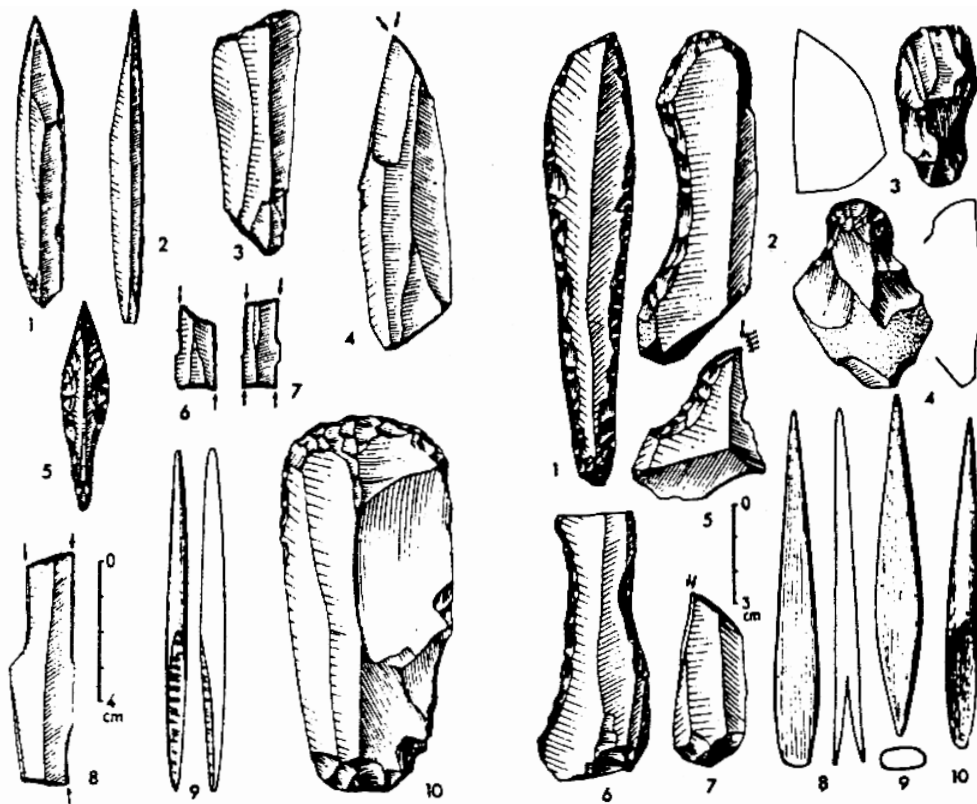


Fig. 3. *Izquierda*.—Utensilios del Perigordiense evolucionado, superior y final. 1, 2: puntas de La Gravette. 3: hoja bitroncada. 4: buril. 5: punta de La Font-Robert. 6, 7: buril de Noailles, 8: buril múltiple. 9: punta ósea. 10: raspador doble. *Derecha*.—Utensilios del Auriñaciense. 1: hoja retocada. 2: hoja estrangulada con raspador. 3: raspador carenado. 4: raspador en hocico. 5: buril arqueado. 6: hoja estrangulada. 7: buril. 8: punta ósea de base hendida. 9: punta ósea losángica de forma aplanada. 10: punta ósea de base biselada.

b) *El Auriñaciense*

El Auriñaciense surge en Francia, al parecer, un poco después que el Perigordiense, y ciertamente no es autóctono. Desde comienzos del Würm III, alcanza una gran difusión. En su fase inicial se caracteriza por los gruesos raspadores, muchas veces tallados en pequeños bloques de sílex, denominados raspadores carenados (fig. 3.d.3), que a veces se estrechan (raspadores en hocico) (fig. 3.d.4), y por hojas cuidadosamente retocadas en uno o dos bordes (fig. 3.d.1) a veces estranguladas (fig. 3.d.6), con raspador en el extremo o sin él (fig. 3.d.2). Desaparecen las piezas de dorso rebajado. Los buriles son de distinto tamaño, con punta débil (fig. 3.d.7). El utillaje óseo es más abundante que en el Perigordiense: puntas óseas de base hendida (figura 3.d.8), punzones, etc. Los estadios más evolucionados se ca-

racterizan por el desarrollo de los buriles, a veces arqueados (figura 3.d.5), y la disminución y final desaparición de las hojas retocadas. Las puntas óseas de azagaya, en un principio losángicas y aplanadas (fig. 3.d.9), pasan a ser de sección redonda, y luego a base biselada (fig. 3.d.10) en el Auriñaciense final (Auriñaciense V).

El Perigordense inferior parece circunscribirse a Francia y a un solitario yacimiento español situado en Cataluña. El Perigordense evolucionado y superior, frecuente en la zona meridional de Francia, escasea más en las regiones loésicas del norte y de Bélgica. No parece seguro que penetrase en Inglaterra. Existe también en la región cantábrica española, y en Cataluña está representado por débiles indicios. El Auriñaciense, abundante en Francia y Bélgica en su forma más primitiva, abunda igualmente en la región cantábrica española y ofrece una representación muy pobre en Cataluña. Hay indicios en Inglaterra.

c) *Protomagdalenense*

Esta curiosa industria, que parece prefigurar el Magdaleniense sin que sea posible considerarla antepasado suyo, se sitúa en la estación de Laugerie-Haute, en Les Eyzies, tras el Perigordense final, del que quizá descienda, pero antes del Auriñaciense final y del Solutrense. De gran belleza, se caracteriza principalmente por largos buriles rectos sobre hojas retocadas, acompañados de hojas con elegantes retoques, de buriles, de un número bastante escaso de raspadores, de perforadores y de hojitas de dorso a veces truncado o denticulado. Las puntas óseas de azagaya son fusiformes o con base biselada. Al igual que en los demás niveles del Paleolítico superior, en éste se hallan también cuentas hechas en algunas ocasiones con dientes taladrados. En la actualidad sólo se conoce esta industria en Laugerie-Haute y en el Abrigo Pataud, en Les Eyzies.

d) *El Solutrense*

Industria típicamente occidental, no parece derivar de las precedentes, sino más bien, quizá, de un Musteriense prolongado en el sudoeste de Francia. En general, se ha renunciado hoy día a buscar su origen en el Szeletiense centroeuropeo o en el Ateriense norteafricano. Comprende tres fases esenciales. El Solutrense inferior, precedido en ocasiones del Protosolutrense más antiguo, se caracteriza por la presencia de puntas foliáceas con retoque unifacial, en las que este último, especial, liso y regular, recubre a veces toda la cara superior (fig. 4.i.1); ofrece pocos buriles y un gran número de raspadores, raederas, etc. El Solutrense medio, derivado del precedente, se caracteriza por sus

«hojas de laurel», piezas foliáceas de retoque bifacial, magníficamente trabajadas y con gran frecuencia extremadamente aplanadas (fig. 4.i.2.3), que pueden alcanzar a veces más de 30 centímetros de longitud. En Francia no es frecuente que sean pedunculadas. El utillaje restante apenas sufre modificaciones con respecto al del Solutrense inferior, persistiendo en él las puntas de cara plana; abundan los raspadores (fig. 4.i.5). El Solutrense superior del sudoeste francés presenta, además de hojas de laurel y de algunas puntas de cara lisa, numerosas puntas con muesca (fig. 4.i.8), con retoque solutrense o sin él, acompañadas de «hojas de sauce» alargadas y, en su mayor parte, con retoque monofacial (fig. 4.i.4). Algunos raspadores se hallan recubiertos por el retoque solutrense (fig. 4.i.6). Las puntas óseas solutrenses son de diversos tipos y, a veces, con aplastamiento central (fig. 4.i.10). Existen asimismo utensilios de hueso con escotaduras (fig. 4.i.11). La aguja de ojo para coser, de hueso, aparece en el Solutrense superior (fig. 4.i.9).

Durante el Solutrense superior no se observan puntas de muesca en Solutré (cuenca del Saona). En la región del valle inferior del Ródano, el Solutrense medio está mal representado, en tanto que el superior nos ofrece puntas de muesca con retoque toscos similares a las del Solutrense superior del Levante español.

En la región pirenaica francesa y en la cantábrica española, el Solutrense presenta una facies bastante especial, con puntas de base cóncava, a veces asimétricas (fig. 4.i.7). En Portugal se conoce el Solutrense en un nivel de puntas con muescas. En Inglaterra se ha señalado su presencia más o menos segura, pero, en cambio, no parece existir en Bélgica.

El Solutrense parece desaparecer de manera brutal sin dejar descendencia.

e) *Salpetriense o Rodaniense*

En el sudeste de Francia existe durante el Solutrense una industria de probable origen mediterráneo, caracterizada por microlitos, para la que se han propuesto los nombres de Salpetriense (de la cueva de la Salpêtrière, Gard) o Rodaniense (del Ródano).

f) *El Magdaleniense*

En su manifestación más antigua parece también una industria occidental, y se encuentra sobre todo en Francia, con ramificaciones en Suiza, Bélgica, España y Alemania. Se divide habitualmente en seis estadios, de los cuales los tres primeros integran el Magdaleniense inferior, y los tres últimos el superior.

El Magdaleniense I se caracteriza por las raederas, extrañas

piezas de sílex de pequeño tamaño y retoque muy tosco, por los perforadores múltiples y por las azagayas de base de bisel sencillo decorada con espigas; el Magdaleniense II, por la existencia de triángulos escalenos, y el Magdaleniense III por puntas de azagaya de hueso con largo bisel, a veces con surco. A lo largo de todo el Magdaleniense abundan los buriles, raspadores y raspadores-buriles. En el Magdaleniense IV aparecen prototipos de arpones, con dientes mal logrados. El Magdaleniense V se caracteriza por arpones de una sola hilera de dientes (fig. 4.d.12) y por los «tridentes» (fig. 4.d.10). Aparecen asimismo las puntas con muesca magdaleniense de sílex (fig. 4.d.2). El Magdaleniense VI se caracteriza por arpones de doble hilera de dientes (fig. 4.d.13) y por buriles «pico de loro» (fig. 4.d.1).

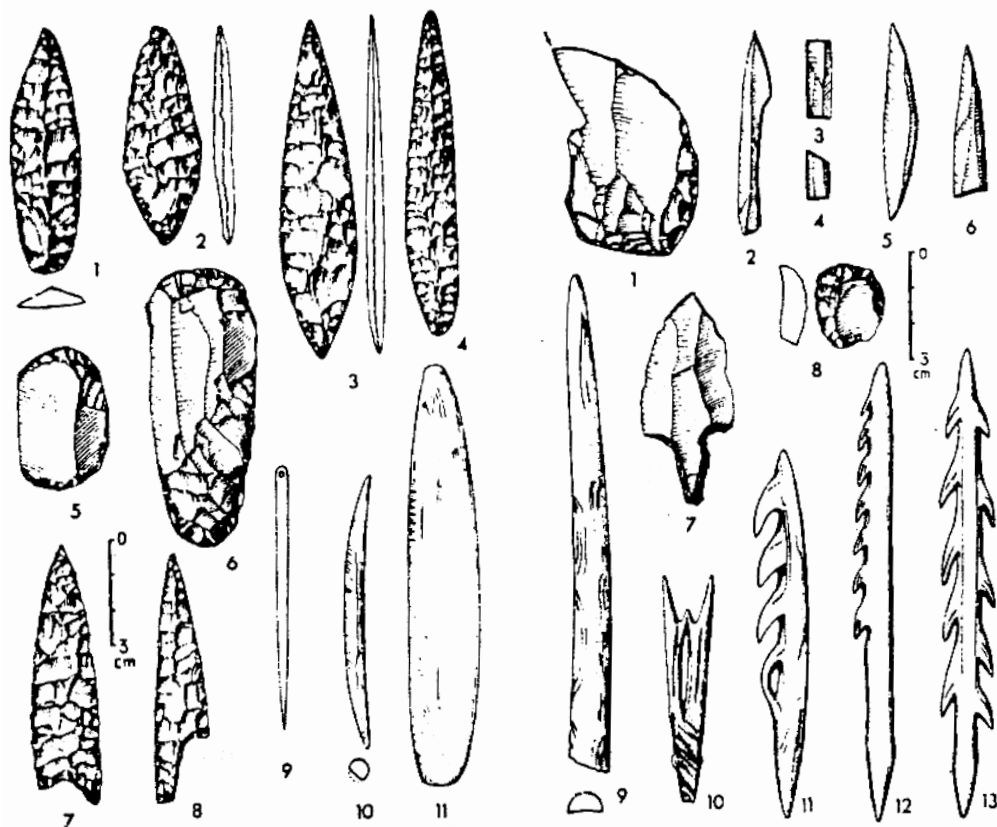


Fig. 4. *Izquierda*.—Utensilios solutrenses. 1: punta de cara lisa. 2, 3: hoja de laurel. 4: hoja de saucisson. 5: raspador. 6: raspador retocado. 7: punta de base cóncava asimétrica. 8: punta de muescas. 9: agua de ojo. 10: punta ósea aplanada por un lado. 11: utensilio de hueso con escotaduras. *Derecha*.—Utensilios del Magdaleniense superior. 1: buril de «pico de loro». 2: punta con muesca. 3: rectángulo. 4: trapecio. 5, 6: puntas azilianas. 7: punta pedunculada. 8: raspador corto, de forma circular. 9: punta decorada. 10: tridente. 11: arpón (tipo español). 12: arpón con una hilera de dientes. 13: arpones con doble hilera de dientes.

Hacen su aparición las puntas azilienses (fig. 4.a.3), al mismo tiempo que los micro-raspadores cortos (fig. 4.d.8) y, en algunos yacimientos, los microlitos geométricos: triángulos, rectángulos (fig. 4.d.3), trapecios (fig. 4.d.4), o las puntas pedunculadas (figura 4.d.7). Las azagayas del Magdaleniense en ocasiones se hallan decoradas¹³ (fig. 4.d.9).

En la región pirenaica francesa y cantábrica española, no se conoce, al parecer, el Magdaleniense I y II. El Magdaleniense superior posee arpones de base asimétrica con un agujero (figura 4.d.11). En el sudeste de Francia, el Magdaleniense penetra tan sólo en sus fases superiores o finales¹⁴. En Bélgica sólo se conoce el Magdaleniense superior, con algunas características específicas, en particular el gran desarrollo de los perforadores. En Inglaterra existe una industria, el *Creswilliense*, paralela, al parecer, al Magdaleniense final, con hojas truncadas o bitruncadas de tendencias geométricas y algunos arpones de doble hilera de dientes. En Bélgica se han encontrado quizá algunos restos de Hamburguense.

VIII. LA VIDA HUMANA EN EL PALEOLITICO SUPERIOR

El hombre continúa habitando abrigos rocosos o en las entradas de las cuevas, a las que a veces acomoda con muros de piedras secas que soportarían algunos troncos de árbol, constituyendo así una especie de chozas abrigadas. Recientemente se han descubierto en Dordoña occidental restos de tiendas magdalenien-ses similares a las halladas por A. Rust en el norte de Alemania¹⁵. Se conocen numerosos pavimentos, formados generalmente de guijarros de río, situados bien al aire libre, bien en cuevas y abrigos, y destinados a aislar de la humedad el suelo de la habitación.

La caza continúa siendo la base principal de la alimentación humana bajo un clima riguroso que apenas permite la existencia de más frutos que las bayas. Pero las armas están ahora mucho más perfeccionadas que durante el Paleolítico inferior y medio. Las azagayas van provistas de puntas sumamente aguzadas de hueso o asta de reno, y ciertamente se disparan, al menos en parte, por medio de un propulsor, lo que aumenta considerablemente su alcance y poder de penetración. Es muy probable que se practicara la caza con trampas y que a las de fosa, conocidas ya por los hombres del Paleolítico inferior y medio, se añadiesen nuevos tipos, como las de pesos suspendidos, quizá representadas en ciertas pinturas y grabados de las cuevas. No es seguro que se utilizase el arco, aunque es posible que fuese ya conocido por los magdalenien-ses, de los cuales se ha pensado

en algún momento que pudieran haber domesticado el reno y el caballo, pero de ello no hay todavía prueba alguna. Tampoco aparece rastro de perros domésticos.

a) *Sepulturas*

Los ritos funerarios son más complejos que en la época musteriense, y las sepulturas conocidas bastante más numerosas. En la Roca de Combe-Capelle el hombre se hallaba en la base misma de los niveles arqueológicos. En la Gruta de los Niños, en Grimaldi, los esqueletos más antiguos, denominados «negroides», yacían juntos, algo encogidos, en tanto que en el resto de los enterramientos de Grimaldi los cadáveres se hallaban tendidos sobre la espalda o sobre un costado. Más tarde, en el Magdaleniense, el hombre de Chancelade (cerca de Périgueux, Dordoña) fue enterrado en una postura encogida muy forzada, con las rodillas pegadas a la nariz. En muchos casos se debió de embadurnar a los cadáveres con ocre rojo, o bien echar sobre la sepultura ocre rojo pulverizado. A menudo se enterraba a los muertos ricamente engalanados con collares de conchas y de dientes perforados, y, en algunos casos, con redecillas en la cabeza y brazaletes en brazos y piernas.

Junto a ellos, se disponían algunos utensilios, muchos de ellos de gran belleza. La cabeza se protegía a veces con un receptáculo de piedras aplanadas, y la joven de Saint-Germain-la-Rivière (Gironde) reposaba bajo un pequeño dolmen formado con gruesas piedras, sobre el que se había depositado un cráneo de bisonte.

b) *Los hombres del Paleolítico superior*

En el Perigordiano inferior de la Roca de Combe-Capelle se descubrió un esqueleto masculino de escasa talla (1,60 metros aproximadamente) con caracteres todavía primitivos. En el abrigo rocoso de Cro-Magnon, en Les Eyzies, y en las cuevas de Grimaldi, en Italia, se hallaron restos de hombres de la raza de Cro-Magnon, sumamente robustos y de talla muy elevada (1,85 m. de media). Los hombres encontrados en la base misma de los depósitos de la Gruta de los Niños de Grimaldi, calificados hace tiempo de «negroides», hoy se suelen incorporar generalmente a la raza de Cro-Magnon. El hombre de Chancelade, de época magdaleniense y de pequeña talla (1,60 m), se relacionó en otro tiempo, erróneamente, con los esquimales.

IX. EL ARTE PALEOLITICO

Puede dividirse en «arte mueble» y «arte rupestre». El arte mueble resulta más sencillo de fechar, ya que sus objetos se encuentran en el interior de los estratos.

Ya en el Auriñaciense comienzan a aparecer toscos grabados de animales, y, un poco después, en el Perigordense, algunas estatuillas femeninas, de formas rollizas, que representan a mujeres obesas. En el Perigordense superior y en el Solutrense se hallan algunas estatuillas de animales bastante toscas. La gran época del bulto redondo se sitúa en el Magdaleniense IV, cuyas esculturas son generalmente de asta de reno, hueso y a veces marfil, y en muchos casos de una notable calidad artística (renos de Bruniquel, Tarne-et-Garonne; bisonte de La Madeleine, Dordoña, etc.). A menudo aquellos escultores adornaban sus propulsores de ceremonia y otras veces los bastones de mando (bastones perforados de asta de reno, cuyo destino nos es desconocido). Citemos asimismo los «contornos recortados» con figura de pez o de cabeza de caballo. Los bajorrelieves abundan también en el Magdaleniense, sobre todo en el IV, a veces en simple ahuecado y con representación de caballos, cabras, bisontes, peces, pájaros y, en alguna ocasión, de la figura humana. Durante el Magdaleniense II, el bajorrelieve se vuelve más tosco y bastante degenerado: uno de los motivos más frecuentes es una fila de caballos de cabeza desproporcionadamente grande.

El grabado aparece muy pronto ya en el Auriñaciense, pero se multiplica a lo largo del Perigordense superior. Se conocen algunos grabados solutrenses, pero es en el Magdaleniense, sobre todo, cuando el grabado adquiere desarrollo, realizándose a veces en placas de caliza. En Lussac-les-Châteaux (Vienne) se han descubierto, en el Magdaleniense III, numerosos grabados de la figura humana, aunque difíciles de reconocer. El Magdaleniense VI de Limeuil (Dordoña) ha proporcionado espléndidos grabados de animales, y el de Couze (Dordoña) una figura femenina. Se encuentran también bellos grabados en hueso o asta de reno, o en los bastones de mando. Asimismo se conocen modelados en arcilla, p. ej.: el oso decapitado de Montespan (Alta Garona) que se debía cubrir con una piel de oso con su cabeza para celebrar algunas ceremonias, ya que se encontró un cráneo de oso delante del citado modelado; y los bisontes del Tuc d'Audoubert (Ariège).

El arte decorativo, en parte derivado del arte naturalista mediante un proceso de estilización, suele hallarse representado a veces por motivos geométricos de sorprendente belleza, como las espirales esculpidas en varillas muy abundantes en la región pirenaica.

Resulta más difícil fechar el arte rupestre, ya que las pinturas y grabados en paredes de cuevas se encuentran raramente recubiertos por niveles prehistóricos y, aún en tal caso, no es sencillo atribuirlos a uno de ellos con preferencia al otro. La

mayoría de las pinturas y grabados rupestres se encuentran en salas profundas, quizá porque respondiesen a un fin mágico y tuviesen que ocultarse, quizá también porque sólo se han conservado en tales lugares. Numerosos restos de pintura nos demuestran que también los abrigos rocosos debieron de ser decorados.

Suelen distinguirse generalmente en el arte rupestre dos grandes ciclos, como consecuencia de los trabajos del abate Breuil¹⁶, correspondiendo el uno al Auriñaciense-Perigordense, y el otro al Solutrense-Magdalenense. Las pinturas más antiguas consisten en representaciones de manos, en positivo o en negativo (rodeadas de color), acompañadas a veces de series de puntos. Más tarde aparecen representaciones de animales, al principio bastante toscos, pero luego más artísticas y hasta en algunos casos polícromas: parte del arte de la cueva de Lascaux pertenecería a este primer ciclo. Los grabados, primero ligeros y luego más profundos, ofrecen, al igual que las pinturas, una perspectiva torcida, es decir, el animal se halla representado de perfil, en tanto que cuernos, orejas y pezuñas se representan de frente o de tres cuartos. Probablemente pertenezcan al Perigordense los bajorrelieves rupestres de Laussel (Dordoña), que representan figuras humanas, femenina (Venus de Laussel) o masculina (cazador).

Tras de una aparente solución de continuidad, que corresponde al Solutrense inicial y medio, vuelve a darse el arte rupestre con el segundo ciclo, durante el cual evoluciona y se endereza la perspectiva. A lo largo del Solutrense superior y del Magdalenense, el bajorrelieve rupestre produjo auténticas obras maestras en Roc de Sers (Charente) y en Cap-Blanc (Dordoña). Tales bajorrelieves representan a veces figuras femeninas (Angles-sur-l'Anglin, Vienne; La Magdeleine, Tarn). El grabado, realizado a menudo con trazo fino, utiliza una perspectiva más moderna, lo mismo que la pintura, con frecuencia polícroma (Font-de-Gaume, en Les Eyzies; Altamira, en la región cantábrica española). En muchos casos, el animal ha sido grabado antes de ser pintado. Luego, al finalizar el Magdalenense, el arte naturalista desaparece, y en el Aziliense sólo se conocen ya cantos rodados grabados o pintados con motivos geométricos.

En la actualidad parte de la teoría de Breuil ha sido puesta en tela de juicio en Francia y en España. Se marca una tendencia a atribuir al Solutrense un mayor número de representaciones rupestres, y la divisoria entre ambos ciclos se halla sometida a discusión.

Interpretación del arte paleolítico.—Dos son las teorías emitidas con respecto a la naturaleza de este arte cuaternario. La

más antigua es la denominada «del arte por el arte»: los hombres paleolíticos habrían grabado y pintado con una exclusiva finalidad decorativa. La segunda es la teoría llamada «mágica»: el hombre paleolítico no habría poseído el más mínimo sentido estético, y el arte sería tan sólo utilitario, sirviendo para prácticas mágicas de hechicería o relacionadas con la fertilidad. Esta segunda teoría se apoya en varios hechos: grabados y pinturas se encuentran situados generalmente en galerías de difícil acceso, lo que no parece indicar una finalidad decorativa; frecuentemente se hallan superpuestas unas sobre otras y presentan a menudo huellas de prácticas mágicas: flechas dibujadas, signos diversos, etc. Queda fuera de toda duda que esta última teoría contiene una fuerte dosis de verdad, pero no explica todo: en efecto, es probable que no sólo las cuevas profundas, sino aun los abrigos rocosos fuesen decorados. La finalidad «mágica» de algunas decoraciones de objetos del arte mueble no resulta evidente y, finalmente, apenas se puede negar la preocupación estética del arte paleolítico. Se podría, con igual razón, negar todo sentido estético a los escultores griegos o a los de la Edad Media, bajo pretexto de que su arte era religioso cuando tallaban estatuas de dioses o santos. Ultimamente se ha tratado de interpretar el arte paleolítico como un arte puramente simbólico, en el que los animales representan diversos símbolos, fundamentalmente sexuales. Tal teoría conduce, al parecer, a embarazosas contradicciones.

Sea como fuere, el Paleolítico superior representa, en Francia y España, la primera gran época artística de la humanidad. El cuidado con que se realizan las ornamentaciones rupestres y muebles supone la existencia de especialistas o bien que se disfrute de ratos de ocio y, por consiguiente, la de cierta división del trabajo.

X. DEMOGRAFIA

Durante el Paleolítico inferior y medio, la población de Europa occidental debió de ser bastante escasa, aunque ciertos yacimientos sean de una gran riqueza y sugieran la existencia de tribus que podrían alcanzar una treintena de miembros, como mínimo. Pero poseemos tan sólo una ligera idea del número de tribus. En el Paleolítico superior, la población, que parece haber disminuido en un principio (Perigordense inferior), aumenta durante el Auriñaciense inicial, para, al parecer, volver a decrecer más tarde. El Magdaleniense contempla un nuevo crecimiento, que parece transformarse, en el Magdaleniense VI, en una auténtica explosión demográfica. Los yacimientos del Magdaleniense final son numerosos y generalmente de gran

riqueza. Ello quizá sea debido a la utilización intensiva de los recursos piscícolas de los ríos, a la invención del arco, que facilitó la caza, o, además de esto, al descubrimiento de un procedimiento de conservación de la carne (acecinado). Por diversos medios se ha podido estimar la población de la región de Couze (Dordoña), distribuida en varios abrigos ocupados simultáneamente durante el Magdaleniense VI, entre 450 y 700 individuos, para una extensión de tres kilómetros.

XI. EPIPALEOLITICO Y MESOLITICO

El Aziliense se deriva del Magdaleniense VI, dentro del cual surgieron sus tipos característicos, pero el cambio del clima (nos hallamos en este momento en el Postglaciar) probablemente introdujo nuevos modos de vida, lo que motivó la modificación del utillaje. Aparecen menos buriles y más raspadores (fig. 5.2.3), muchas veces unguiformes o sobre lasca. Hay una gran abundancia de puntas azilienses (fig. 5); los arpones están aplana-

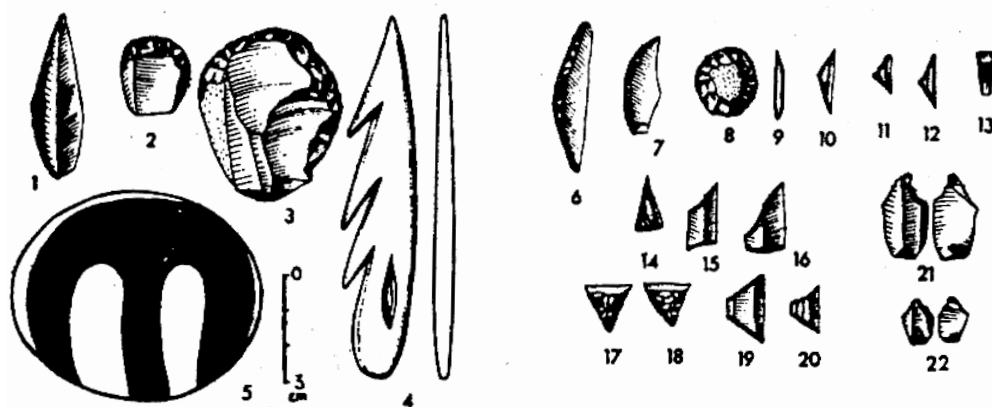


Fig. 5. Utensilios del Epipaleolítico y del Mesolítico.—Aziliense: 1: punta aziliense. 2: raspador unguiforme. 3: raspador sobre lasca. 4: arpón aplanado. 5: canto rodado coloreado.—Sauterriense: 6, 7: punta aziliense. 8: raspador circular. 9-13: microlitos.—Tardenoiense evolucionado: 14-16: microlitos. 17, 18: puntas de flechas de corte transversal. 19-20: microlitos. 21, 22: microburiles.

dos, y llevan un orificio alargado en su base (fig. 5.4). El arte se reduce a cantos rodados grabados con motivos geométricos o coloreados (fig. 5.5). En contraste con los ricos yacimientos del Magdaleniense final, los yacimientos azilienses son con frecuencia de escaso tamaño y pobres. El desarrollo del bosque acarrea el enrarecimiento de la caza mayor; y el clima húmedo incrementa la cantidad de caracoles, consumidos a millones por

el hombre. En Bélgica, Holanda e Inglaterra, las condiciones conservan más semejanza con las del Paleolítico, y sus industrias se asemejan al Epipaleolítico del norte de Europa¹⁷. Tras el Aziliense se desarrollan en Francia el Sauveterriense, en el que persisten por un instante las puntas azilienses (fig. 5.6), acompañadas de diminutos raspadores circulares (fig. 5.8) y de toda una serie de microlitos (figs. 5.9-13), y, después, el Tardenoisense, de microlitos geométricos (figs. 5.14-16), que en su etapa final es contemporáneo, al parecer, del Neolítico antiguo, y sobreabunda en puntas de flechas de corte transversal (figuras 5.17-18) y retocado casi total, aunque continúa poseyendo microlitos y armaduras de puntas de dardos (figs. 5.19-20). La técnica del microburil (fig. 5, 21-22), manifestada ya en el Paleolítico superior, se desarrolla para la fabricación de los microlitos. El espléndido yacimiento de Star Carr, en Yorkshire (Inglaterra), pertenece a la industria maglemosiense, con afinidades nórdicas¹⁸. Señalemos en Portugal los importantes yacimientos de Mugem.

Algunas fechas:

A pesar de los recientes progresos, resulta muy difícil aventurar fechas para el Paleolítico inferior sin tener un margen de error comprendido entre lo propuesto y el doble. Se acostumbra a situar el comienzo de la glaciación würmiense hacia el 80.000-70.000 a. C. El final del Paleolítico medio debe situarse hacia el 40.000-35.000 a. C. En Arcy-sur-Cure (Yonne), un Perigordienense inferior evolucionado ha sido fechado mediante el análisis del C₁₄ en el 31.500 antes de nuestra era. El Protomagdaleniense se sitúa hacia el 18.000, el Magdaleniense medio hacia el 13.000 y el Magdaleniense superior hacia el 10.000 a. C.

C. 2. El Neolítico y la Edad de los metales en Francia

I INTRODUCCION: DEL MARASMO MESOLITICO A LA CIVILIZACION PRERROMANA

En su etapa final, la civilización paleolítica se caracteriza en Francia por la estrecha adaptación del hombre al medio ambiente y corresponde, sin duda alguna, al más alto grado de perfección posible en una cultura de simples cazadores. La modificación de las condiciones climáticas acaecida hacia el 8.000 antes de Cristo, destruirá definitivamente esta armonía. El periodo subsiguiente (Mesolítico o Epipaleolítico, según los autores) constituye en realidad una divisoria profunda entre dos mundos

absolutamente diferentes. Las precarias condiciones de vida reinantes en aquella época y el enrarecimiento de la caza debido al éxodo en dirección Norte de los grandes rebaños de renos, reducen la civilización a un nivel bastante bajo que desearíamos calificar con una sola frase: el marasmo mesolítico. Únicamente el notable desarrollo que adquiere el culto a los difuntos y el ritual funerario (tal como se desprende de los hallazgos de los Péquart en las islas Téviéc y Hoedic, en Morbihan) demuestra que, en aquel ambiente empobrecido de cazadores convertidos por la necesidad en recolectores de mariscos, subsistían todavía considerables posibilidades y virtualidades de interés en el plano espiritual.

Si comparamos este periodo de estancamiento, que pudo durar, según los lugares, de cuatro a cinco milenios, con aquéllos que le sucederán (culturas del Neolítico, edad megalítica, Edad del Bronce o Edad del Hierro, y con la aparición en esta última de una civilización autónoma, propia del mundo occidental, que Roma no conseguirá ahogar, y de la que, por otro lado, tomará algunos importantes ingredientes de la suya propia), no podemos evitar asombrarnos ante el contraste existente entre ambos ciclos. El ciclo mesolítico, de una duración aproximada de cuatro mil años, contempló cómo Occidente se inmovilizaba en una vía muerta. Los cuatro milenios siguientes habrían de elevarlo hasta un plano de casi completa igualdad con los pueblos más civilizados del perímetro mediterráneo. Durante esos cuatro últimos milenios a. C. manifestóse una especie de aceleración histórica, que, por lo demás, no es exclusiva de Europa occidental. Surgida en un principio en el Oriente mediterráneo, la civilización en cuestión se difunde progresivamente por todo el Mediterráneo y por la región danubiana. En época tardía llega a Occidente, donde reviste formas originales y muy personales, que se hallan en el origen mismo de nuestro mundo actual. Aquellos galos, o bárbaros de Occidente, a los que en el siglo I a. C. sometieron los ejércitos de Roma, habían logrado para entonces un alto grado de civilización material, intelectual y espiritual. Ya en esta época aquellos pueblos habían adquirido, tanto por sí mismos como por los contactos que pudieron mantener con sus brillantes vecinos meridionales y orientales, la mayor parte de los componentes básicos de una civilización perfectamente válida: ganadería, agricultura, técnicas cerámicas y metalúrgicas, lengua, organización social y política, y religión. Los pueblos clásicos, etruscos, griegos y romanos, tuvieron frecuentes contactos con los celtas: primero, para comerciar con ellos; luego, para defenderse de sus ataques; a continuación, para pedirles su colaboración en calidad de mercenarios, y, finalmente, para reducirlos al estado de pueblos colonizados. Les

consideraban como pueblos bárbaros, pero griegos y romanos calificaron de bárbaros a pueblos como el persa, cuya civilización resultaba tan antigua y brillante, por lo menos, como la suya propia. Con todo, quedaron admirados de las características originales de la cultura celta, de sus formas de trabajo y vida, de su religión, e incluso de las concepciones filosóficas de sus sacerdotes.

Así, la época que debemos estudiar aquí fue la que originó la transformación de los míseros clanes de cazadores-pescadores, atrasados y primitivos, del quinto milenio a. C., en pueblos de ganaderos, agricultores, constructores, metalúrgicos y técnicos, en una palabra, en pueblos civilizados, rebosantes de porvenir y de dinamismo intelectual y espiritual. Su problemática, que afrontaremos en sus aspectos básicos, es importante y nos concierne íntimamente: se trata ni más ni menos que de los orígenes de nuestra civilización occidental.

II LOS PERIODOS CRONOLOGICOS

¿Cuáles fueron durante estos cuatro milenios los distintos periodos cronológicos y las grandes etapas de la civilización? Prehistoriadores y protohistoriadores discreparon por mucho tiempo en lo tocante a los elementos de base de la cronología. A grandes rasgos, los sistemas se repartían entre dos tendencias contradictorias: un sistema de cronología «larga», que fue el que emplearon los pioneros de la prehistoria y la protohistoria, especialmente Montelius, y un sistema de cronología «corta». La cronología corta reducía la etapa neolítica a una franja muy estrecha de la protohistoria; con una duración de apenas un milenio, se convertía, de hecho, en el periodo de transición, durante el cual el cobre penetraría gradualmente en Europa Occidental. Tal sistema ofrecía en realidad serios inconvenientes, desde el punto de vista de las posibilidades humanas, ya que no reservaba suficiente espacio a las culturas neolíticas antiguas, libres de todo contacto con las más antiguas técnicas del metal, y, por otra parte, reducía a tan sólo unos siglos el tiempo necesario para la aparición y subsiguiente evolución de las construcciones megalíticas.

A lo largo de los últimos treinta años han ido surgiendo las primeras correcciones a la citada cronología corta, a raíz de los hallazgos arqueológicos de Oriente Medio, que en Creta, y posteriormente en Siria (Biblos y Ras Shamra), han demostrado la fecha relativamente reciente de los comienzos del bronce antiguo de Occidente (del 1900 al 1800 a. C.). Luego, las primeras «dataciones» obtenidas por el análisis del carbono radiactivo originaron un retroceso sustancial en las fechas de aparición de

las principales culturas del Neolítico antiguo y medio. Parte de tales resultados se obtuvieron precisamente gracias al contenido de algunos megalitos, demostrándose con ello que este tipo de construcciones (que además se volvieron a utilizar frecuentemente en épocas posteriores) efectuó su aparición mucho antes de lo que se pensaba. Por lo demás, esta conclusión parecía bastante verosímil y fue admitida en un plazo muy breve por la totalidad de los especialistas, en especial por aquellos que al analizar intrínsecamente los megalitos y su evolución se hallaban en situación de sospechar que esta última había sido muy larga.

Al parecer, en la actualidad son muchos los partidarios tenaces de la cronología corta que se muestran los primeros en admitir ciertos resultados parciales que suponen la base de la cronología larga. A falta de tentativas recientes de síntesis, permítaseme proponer aquí un esquema de cronología general, por lo demás de carácter puramente provisional:

Neolítico antiguo: del 4500 al 3500 a. C.

Neolítico medio: » 3500 » 2500 a. C.

Neolítico final: » 2500 » 1800 a. C.

(Algunas facies locales rezagadas de este ciclo llegan hasta finales del Bronce medio.)

Calcolítico: del 2200 al 1500 a. C.

Bronce antiguo: » 1800 « 1500 a. C.

Bronce medio: » 1500 » 1200 a. C.

Bronce final: » 1200 » 700 a. C.

Hallstatt: » 700 » 450 a. C.

La Tène: » 450 » 50 a. C.

El Neolítico antiguo se caracteriza en Francia por la penetración, en las márgenes meridional y oriental de su territorio, de culturas procedentes del contorno mediterráneo (cerámica cordial) o bien de Europa central (del grupo de la cerámica de bandas) (fig. 1). Estas culturas introducen consigo de manera gradual la agricultura y la ganadería. Simultáneamente, en el resto del área subsisten culturas epipaleolíticas (Campiñense) y mesolíticas (Tardenoisense). Estas últimas se mantuvieron por mucho tiempo y ejercieron una profunda influencia sobre las culturas del Neolítico francés.

Durante el Neolítico medio se constituyen en Francia, sur de Alemania, Suiza, norte de Italia y Gran Bretaña (fig. 2) culturas originales y autóctonas (Cortailod [fig. 3], Michelsberg, Chassey [fig. 4], Lagozza [fig. 5] y de la cerámica con acanaladuras), al tiempo que aparecen los primeros megalitos. Estas culturas perduran en el Neolítico final mientras surgen nuevas culturas características, dotadas de un considerable poder de ex-



Fig. 1. Cerámica de bandas (Bandkeramik): 1-5 fase antigua. 6-14 fase más reciente (según Buttler, en: G. Bailloud y P. Mieg de Boofzheim).



Fig. 2. Mapa de los principales grupos humanos del Neolítico en Europa occidental. (Según Vogt, Vouga, von Gonzenbach, de Mortillet, en: G. Bailloud y P. Mieg de Boofzheim).

pansión: Horgen y Sena-Oise-Marne. Por causas todavía no aclaradas las técnicas agrícolas, de tan notable desarrollo a lo largo del periodo anterior, inician su decadencia. Pero en este preciso momento aparecen por primera vez, esporádicamente, los utensilios de cobre. Por otro lado, esta primera introducción del metal no tarda en suscitar, debido a la competencia creada, un auge y perfeccionamiento notables en la técnica de la talla del sílex. Prácticamente, las culturas provinciales tardías del Neolítico final persisten en Francia durante mucho tiempo, y se conservan aún localmente a lo largo de los distintos periodos del Bronce antiguo y medio. Se observa en esta ocasión uno de esos fenómenos de enclaustramiento cultural tan generalizados en Europa occidental y que se mantendrá en los siglos posteriores.

Se hace preciso reservar la calificación de civilizaciones calcolíticas para aquellas culturas que presentan características específicas (como sucede con la del vaso campaniforme con decoración por zonas o con la de ornamentación de cuerdas), en el seno de las cuales el cobre se encuentra realmente asociado estrechamente con el sílex. Los hallazgos calcolíticos llevados a cabo en Francia demuestran la aparición en Europa occidental, en el periodo que precede a la Edad del Bronce, de tribus nómadas de prospectores, comerciantes y cazadores. Estas tribus,



Fig. 3. Grupos culturales del Cortaillod. (Según Buttler, en: G. Bailloud y P. Mieg de Boofzheim).



Fig. 4. Casseano: 1-8, industria lítica. 9-15, cerámica decorada (según Arnal, Guinard, Layet, Sallustien, Joseph, en: G. Bailloud y P. Mieg de Boofzheim).

algunas de las cuales procedían probablemente de España (vaso campaniforme), y las otras del norte y este de Europa (cerámica cordada), pénétran en un medio propio del Neolítico final. En ciertas áreas, particularmente en el valle del Rhin, se originan culturas mixtas, en las que se adulteran los tipos de cerámica introducidos por los invasores. Al mismo tiempo se desarrolla, compitiendo con el metal, una técnica de talla del sílex (Neolítico secundario).

III LOS MEGALITOS

Se denominan megalitos los monumentos de piedra no labrada, de significación funeraria o cultural, característicos del Neolítico. Hasta hace poco tiempo aún era posible encontrar a algunos constructores de megalitos (concretamente, en la isla de Pascua), y las indicaciones que suministran los etnógrafos nos prueban que la realización de esta clase de construcciones no ofrece grandes dificultades, ya que exige el empleo de medios de carácter elemental y una mano de obra relativamente poco consi-

derable. Así, pues, los problemas que a nivel técnico plantean los monumentos megalíticos tienen solución.

Pero la cuestión de su origen y cronología ya no es tan sencilla, habida cuenta además de que a veces fueron utilizados mucho tiempo después de su erección. Dos hechos, sin embargo, parecen evidentes: que no existieron ni pueblo ni civilización megalíticos. Los megalitos se levantaron y usaron en el marco de varias culturas meridionales y occidentales del Neolítico medio y final. Dentro de este complejo se distinguen elementos propios

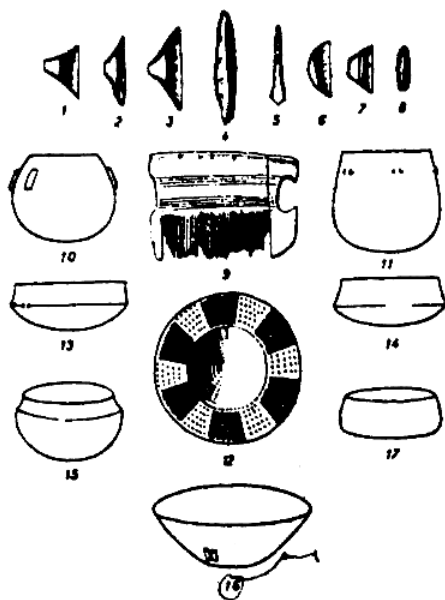


Fig. 5. La Lagozza. 1-8, según Maviglia. 9, 12 y 15, según Munro. 10, 11, 13, 14, 16, 17, según Laviosa-Zambotti, en: G. Bailloud y P. Mieg de Boofzheim.

de la cerámica de acanaladuras, del Chasseyense, de la «cerámica de los pastores de las mesetas» de la región del Languedoc y de la cerámica Sena-Oise-Marne. No debe inducirnos a error la abundancia de piezas de cerámica caliciforme que se observa en este conjunto: los megalitos son en su mayor parte anteriores al periodo calcolítico, y en esta época tan sólo se volvieron a utilizar.

Los monumentos funerarios megalíticos pueden clasificarse en varias categorías:

Los *dólmenes* simples, bajo túmulo, con cámara provista de una simple entrada y sin corredor, los *dólmenes* de corredor, compuestos de una cámara funeraria dotada de un corredor de acceso más o menos largo, los *dólmenes* de corredor con cámaras laterales, en los que una o dos cámaras secundarias se insertan en el corredor central cerca de la cámara principal, y, finalmente, las galerías cubiertas, que constan tan sólo de un largo corredor y en ocasiones aparecen divididas por tabiques verticales en dos o tres partes.

Un elevado número de *dólmenes* de corredor se remonta al

parecer, al Neolítico medio, mientras que los dólmenes simples y los de cámaras laterales pertenecen, en una gran proporción, al Neolítico final. Parece ser que la totalidad de las galerías cubiertas datan del Neolítico final. Las muestras de cerámica que en ellas suelen encontrarse corresponden a la cultura del vaso campaniforme y a la del Sena-Oise-Marne.

Se ha observado que los dólmenes de corredor de mayor antigüedad han sido descubiertos siempre en la proximidad de las costas del Mediterráneo o del Atlántico (ninguno de ellos a una distancia superior a 150 kilómetros). Puede admitirse en consecuencia que los influjos culturales responsables de la difusión de los megalitos llegaron a Occidente por vía marítima, desde el Mediterráneo oriental.

En determinadas comarcas de rocas friables y con poca piedra de calidad, los megalitos fueron remplazados en la mayoría de los casos por cuevas funerarias excavadas artificialmente (Champaña). Tanto los dólmenes como los sepulcros en cuevas y las galerías cubiertas son sepulturas colectivas en las que se reunía a los difuntos de una misma colectividad en compañía de ajuares y de ofrendas funerarias.

Los *alineamientos* del tipo de Carnac constiuyen los conjuntos más impresionantes que nos ha legado la arquitectura megalítica. Algunos de ellos (Manio, Kerlescan) se remontan, según parece, a una de las primeras etapas del Neolítico medio. Comprenden varios elementos:

a) una especie de santuario, recinto consagrado al culto, compuesto de series de piedras verticales contiguas o próximas las unas a las otras,

b) varios alineamientos de piedras verticales que parten del recinto anterior (se ha podido advertir que las piedras más altas se sitúan en la proximidad del santuario),

c) y agrupaciones de piedras verticales y orientadas, dispuestas estas últimas en el intervalo entre dos alineamientos.

El destino de estos monumentos sería con toda probabilidad religioso y ritual: se trataba de santuarios destinados a un culto divino. Parece ser que los alineamientos fueron orientados en el sentido del orto y ocaso solares en la época del solsticio o de los equinoccios. En esta forma podían aprovecharse para la confección del calendario y para fijar con su ayuda las fiestas propias de las diferentes estaciones.

IV. EL ARTE NEOLÍTICO: ESCULTURAS Y GRABADOS

Las modificaciones climáticas del Mesolítico motivaron la total desaparición del gran arte de la época paleolítica. El arte neolítico es esquemático y simbólico. El conjunto de su produc-

ción, al parecer íntimamente relacionada con los *Megalitos*, comprende dos tipos de obras: las estelas antropomorfas y los grabados.

Las estelas antropomorfas son de distintos estilos e incluyen diferentes variedades locales. Con ligeras modificaciones, se mantuvieron durante toda la Edad del Bronce. Su estructura ofrece una relativa uniformidad: en forma de menhir toscamente cuadrado o redondeado, dibujan el contorno esquematizado de las cejas y la nariz, sugiriendo en unos casos la presencia de ambos senos y en otros la de un puñal. ¿Se trata de representaciones de difuntos o de divinidades protectoras? No nos es posible decidirlo. Los grabados, presentes con frecuencia en los dólmenes (especialmente en Bretaña), aunque puedan ser también manifestaciones rupestres, cuentan al aire libre (Mont Bègue) con una amplia gama de símbolos enigmáticos. Pero existen ciertas figuras, no muy simplificadas y relativamente abundantes, que se nos muestran repetidamente al pasar de una a otra región: trátase sobre todo de la divinidad femenina, del hacha con mango, del sol y de los astros. A pesar de la variedad de grupos estilísticos locales, se da cierta uniformidad en la temática básica. ¿Puede deducirse de ello que en la época neolítica habría existido en todo Occidente una relativa unidad religiosa?

V. LAS CULTURAS DE LA EDAD DEL BRONCE ANTIGUA Y MEDIA

La penetración de las influencias civilizadoras y la formación de las diferentes culturas regionales se llevó a cabo, en la Galia de la Edad del Bronce, en forma muy similar a la del periodo neolítico. Al Este, en Alsacia, Lorena y el Franco Condado, aparece hacia el 1800 a. C. una cultura del Bronce antiguo que deriva de las de Europa Central y sur de Alemania (Adlerberg y Straubing). Algo más tarde, hacia el 1600, se constituye la cultura del Ródano, compartida por el sur de Suiza y el sudeste de Francia.

El Mediodía mediterráneo (Provenza-Languedoc) es tributario del norte de Italia (cerámica de La Polada), en tanto que Aquitania, al Sudoeste, forma una provincia aparte, fuertemente influida por España. Más al Norte, la región de ambas Charente, en la que a finales del Neolítico había surgido la cultura de Peu Richard, patentiza su originalidad en algunas formas cerámicas (asas de pico de loro). Por lo que hace a Bretaña, prolonga en el continente la civilización británica de Wessex, que al igual que la del Ródano apenas se manifestó antes del 1500 a. C. En resumen: las culturas más definidas de las edades del Bronce antiguo y medio son todas, en cierto modo, periféricas o marginales, mientras que la mayor parte del área permanece fiel a

las culturas rezagadas del Neolítico final (Chassey final, . . . Igen, Sena-Oise-Marne).

Mediada la Edad del Bronce, hacia el 1500 a. C., se manifiesta, en la plenitud de su originalidad, una civilización que se suele atribuir a los celtas o protoceltas, y que se caracteriza por el rito de la inhumación bajo túmulos y por su cerámica, muy típica y de formas y ornamentación (incisiones profundas) considerablemente artísticas. Esta cultura se difunde a comienzos del Bronce medio por el sur de Alemania, Alsacia, Lorena, el Franco Condado y el norte de Borgoña, pudiendo localizarse su lugar de origen y su área de dispersión inicial en la meseta suaba. Parece ser que la colonización protocelta habría alcanzado gradualmente la región de París hacia el 1300 a. C.

VI. LAS INVASIONES DE LOS CAMPOS DE URNAS

Pero es en las inmediaciones del 1200 cuando asistimos a los prolegómenos de una auténtica invasión, relacionada por prehistoriadores y arqueólogos con la gran migración indoeuropea de fines del segundo milenio a. C. Sus oleadas en las costas del Mediterráneo, durante los siglos XIII y XII, habrían de sumergir el mundo egeomicénico.

En Occidente, esta invasión conduciría a los pueblos protocélticos del sur de Alemania, en varias oleadas, hasta el Macizo Central y valle del Ródano, y a ciertos elementos ilirios, hasta el norte de Italia y Provenza. Su duración fue de cerca de tres siglos: del 1200 al 900, aproximadamente. Se inicia entonces el periodo de los campos de urnas, denominado así porque la inhumación en túmulos abre paso a la incineración; ha sido posible dividirlo en tres fases:

La primera época, que W. Kimming ha bautizado fase preliminar, constituye en cierto modo una etapa de transición entre el Bronce medio y el final. Con frecuencia las necrópolis de este periodo contienen una asociación de inhumación e incineración (Courtavant, La Colombine). La distribución de las tumbas conocidas hasta el presente nos permite suponer que se trataría de una fase de exploración durante la cual algunas tribus de protoceltas relativamente poco numerosas se deslizarían entre las poblaciones neolíticas tardías que todavía ocupaban el territorio, y se instalarían, sobre todo, en puntos de paso estratégicos, vados de ríos y afluentes. La aglomeración de sepulturas de esta época entre el Yonne y el alto Sena resulta especialmente significativa.

La segunda época comprende la colonización, la apropiación y el cultivo de la tierra. Es la que corresponde verdaderamente al Bronce final. A partir de entonces la civilización material

experimentó una total transformación. Se reanuda un avance decisivo en la técnica del bronce, conociéndose desde entonces cómo verterlo en moldes de núcleo reservado, batirlo y endu-recerlo, y siendo posible obtener con él una chapa bastante delgada, que se empleaba en la confección de recipientes de formas complicadas. Las piezas de cerámica, cuyas formas se inspiran precisamente en dichos recipientes de bronce, despiertan nuestra atención por la perfección de su técnica: sin necesidad de torno, el alfarero consigue obtener una finura en las superficies y un pulido y acabado extraordinarios. Desde este momento las necrópolis ocupan a menudo una gran extensión, generalizándose en ellas la incineración; su estructura nos indica que la población se había fijado ya en la región (Aulnay-aux-Planches). Una indicación del mismo tipo nos la suministra la mayor densidad de los «fondos de cabañas»¹, que en determinadas zonas (norte de Alsacia) comienzan a formar ya verdaderas aldeas. Estos dos fenómenos anuncian la transformación que habrán de sufrir los métodos agrícolas y el género de vida. Mientras que la economía de la Edad del Bronce medio fue, al parecer, predominantemente pastoril, la del Bronce final es sobre todo agrícola. Numerosas innovaciones técnicas, como la invención de la hoz, que aparece por entonces, y la de los vehículos de ruedas contribuyeron de manera indudable al desarrollo de la agricultura, que, de seminómada que era en épocas anteriores, comienza a convertirse en sedentaria.

La tercera época (siglos IX y VIII a. C.) representa un periodo de estabilización y de desplazamientos locales, durante el cual reaparecen algunas de las tradiciones del Bronce medio, entre ellas la de los túmulos y, en la cerámica, la de la decoración con incisiones profundas. También es en esta época cuando la cultura de los campos de urnas se extiende a la totalidad de la Galia y alcanza a España. Con aportaciones venidas de diferentes regiones se forman dos complejas culturas regionales. Cambian las condiciones climáticas; en tanto que el comienzo de la Edad del Bronce parece haberse caracterizado por un clima cálido y seco que habría reinado hasta más allá del año 1000 a. de C., entre el 900 y el 800 asistimos a un manifiesto deterioro del clima, que origina lluvias persistentes e inundaciones en serie, con todas las consecuencias que ello acarrea para el hábitat humano. Parece ser que después del 800 fueron abandonados, tanto en Suiza como en Saboya, los poblados lacustres o palustres, que en tan gran escala habían proliferado en la última fase de la Edad del Bronce, así como los parajes situados en las inmediaciones de los ríos.

Es asimismo a finales de la Edad del Bronce, a partir del 800 a. de C., cuando se establece una diferenciación más acusada

entre las civilizaciones atlánticas y las orientales, fundamentalmente en la técnica y tipología de los objetos de bronce: armas, utensilios y joyas. Ello no impide la existencia de importantes intercambios comerciales entre las dos zonas, como así lo prueba, sobre todo, la difusión hacia Oriente de ciertos tipos de armas y utensilios puramente atlánticos (espadas de lengüeta para la empuñadura, hachas de tubo paralelepédico).

VII. HALLSTATT Y LA TÈNE

Tras la decadencia de la cultura de los campos de urnas en el siglo VIII a. C., el mundo céltico, que abarca ya el sur de Alemania y las dos terceras partes de la Galia, se orienta sucesivamente hacia dos formas distintas de cultura, hacia dos tipos de arte y civilización: la de la primera Edad del Hierro (periodo de Hallstatt, desde el siglo VIII al V a. C.), y, más tarde, la de la segunda Edad del Hierro (La Tène, del siglo V al I a. C.). Estos dos periodos sucesivos presentan entre sí profundas diferencias. En su origen, la civilización hallstática es en gran parte ajena a los celtas, a los que se impone desde el exterior. Resulta además profundamente heterogénea y se manifiesta en forma de múltiples variedades locales. La civilización de La Tène, por el contrario, es autóctona, homogénea e incluso bastante unificada, peculiar a los celtas, nacional y de carácter expansivo. Las invasiones célticas la propagarán, a lo largo de los siglos V, IV y III a. C., a gran parte de Europa Occidental y Central.

VIII. LA INVASION TRACOCIMERIA (725 A. C. APROXIMADAMENTE) Y SU REPERCUSION EN LA SOCIEDAD CELTA

A finales del siglo VIII entra en contacto con el mundo céltico un nuevo elemento: la invasión tracocimeria. Se trataba de pueblos de jinetes originarios del sur de Rusia, de donde habían sido expulsados por los escitas. Una fracción de aquellos invasores atravesó el Cáucaso, infiltrándose en Anatolia, donde los textos hititas registran su aparición. Al parecer, una segunda oleada remontó el Danubio, llegando hasta Hungría, desde donde algunos de sus elementos pudieron irradiar hasta Baviera. Traen consigo un tipo bastante peculiar de bocado de caballo, frecuentemente hallado en las tumbas bávaras de comienzos del periodo de La Tène y en algunas tumbas belgas (Court-Saint-Etienne). En esta última área no se trata ciertamente de una invasión, sino más bien de la penetración en medio celta de influencias culturales, técnicas y sociales, que muy probablemente incluían la introducción de nuevos métodos de doma y monta de caballos, la difusión de la espada de hierro, la aparición de una

nueva técnica de combate a caballo y la consolidación de una casta aristocrática y feudal de caballeros. Es por esta época, en efecto, cuando aparecen algunas tumbas de gran riqueza, cuyo ajuar, en muchos casos, no sólo comprende armas, sino también piezas del arnés de las monturas (siglo VIII a. C.); luego, se tratará de carros de cuatro ruedas y, más tarde aún, de carros de combate de dos ruedas (siglos V y IV).

IX. CULTURAS PROVINCIALES Y SOCIEDAD FEUDAL

La Galia, el norte de Italia, España y el sur de Alemania ofrecen en esta época el espectáculo de un mosaico de culturas regionales muy dispares, aunque algunas de ellas presentan relaciones y parentescos imposibles de explicar por la simple vecindad geográfica. Los problemas que plantean estas diferencias y semejanzas parecen no tener solución, si no se admite como hipótesis de trabajo su origen en el hecho siguiente: algunas grandes familias aristocráticas habrían fundado dinastías y creado gradualmente principados o estados, integrados por una especie de feudos, a menudo alejados los unos de los otros, a semejanza del mundo medieval. Es el único modo plausible de explicar la afinidad existente entre algunas culturas provinciales muy separadas entre sí.

X. LOS CELTAS Y EL MEDITERRANEO

Un nuevo factor de aproximación y semejanzas mutuas reside en el desarrollo, desde fecha muy temprana (s. VIII a. C.), del comercio entre los celtas y el mundo mediterráneo. Tales relaciones se hallan atestiguadas por los numerosos hallazgos de objetos vilanovianos, etruscos y griegos, realizados especialmente en Suiza, Borgoña, Franco Condado, Champaña, Alsacia y valles del Rin, Mosela, Meno y Neckar. Los de mayor antigüedad se remontan al fin del siglo VIII o a comienzos del siglo VII a. C. (pyxidio etrusco de Appenweiher, cerca de Colmar).

En el periodo de apogeo de los intercambios económicos y culturales, que corresponde a la segunda mitad del siglo VI antes de nuestra era, los griegos, ayudados por estos mismos celtas, habrían procedido a explorar y a establecer los jalones de algunos grandes itinerarios comerciales. En algunos textos poéticos (como, por ejemplo, en los *Argonautas* de Apolonio de Rodas), resuena todavía el eco de aquellas exploraciones. Ciertas colectividades más o menos especializadas en el tráfico comercial parece que llegaron a constituir grandes depósitos de almacenamiento, como en Vix-le-Mont-Lassois en el Sena superior, o Heuneburg, cerca de Hundersingen, en el alto Danubio. Tales

mercados indígenas, parte integrante de redes comerciales organizadas, se encontraban bajo la jurisdicción de algunos poderosos señores, cabezas de dinastía, como la princesa de Vix, cuya rica tumba contenía tanto objetos de procedencia griega (crátera y copa ática), como etruscos (oenochóe y cuencos) y grecoescitas (diadema de oro).

El estudio comparado de la estratigrafía de Heuneburg, Château-sur-Salin (Jura), de Malpas (cerca de Valence), de Pegue (Drôme), de Roquemaure, junto a Aviñón (Ródano), y de Mailhac nos permite comprobar que, hacia el 500 a. C. se produjo una oleada de incendios y destrucciones desde el alto Danubio a las proximidades del Mediterráneo. Es posible relacionar tales hechos con las primeras oleadas de invasores galos. Erróneamente fechada por Tito Livio, que la sitúa alrededor del 600 a. C., debe situarse hacia el 500 a. C., en razón, a la vez, de los *oppida* celtas, ya citados, y de las sepulturas galas desenterradas en el valle del Po, al sur de Bolonia sobre todo.

A esta primera incursión gala, que tuvo lugar hacia el 500 a. C., es a la que conviene atribuir las profundas transformaciones sufridas en esta época por el comercio mediterráneo con los celtas: Spina, puerto etrusco situado en la desembocadura del Po, suplantó por entonces a Marsella, cuyo papel parece haber sido predominante a fines del siglo VI; las rutas alpinas remplazan a las vías que seguían el trazado del Ródano y el Saona.

XI. LA CULTURA DE LA TÈNE

El hecho trascendental, en el siglo V a. C., lo constituye la creación por los celtas de una cultura nacional y un arte propio, que, en gran medida, aún resulta difícil de explicar. Es probable que parezca más evidente y natural si se toma en cuenta que coincidió con un periodo de expansión demográfica y progreso técnico, sobre todo en la metalurgia del hierro y en el terreno de la agricultura: el arado pesado permite una explotación sistemática de los valles aluviales, de suelo fértil, pero de laboreo dificultoso, y la invención de la hoz promueve el desarrollo de los pastizales y de la ganadería. Pese a la evidente mejora en el nivel de vida, la población aumenta en grado tal que se ve forzada a emigrar. Este pueblo dinámico, dirigido por caudillos, reyes y sacerdotes comienza a afirmarse en su conciencia de sí mismo. En el momento de lanzarse a la conquista del Mediodía y este de Europa, surge en él un germen de sentimiento nacional basado en la comunidad de lengua, tradición religiosa y sacerdocio, a pesar de cierto fraccionamiento político que en el presente caso ya no corresponde a fraccionamiento cultural alguno.

Si se puede considerar la época hallstática como la edad de los príncipes y magnates feudales, señores de un mosaico abigarrado de principados, cada uno de los cuales muestra su propia cultura local, los siglos que le sucedieron correspondieron a la nacionalidad céltica, que suponía la existencia de una civilización unificada y de una religión nacional.

Pero la segunda oleada de emigrantes galos había de romper en el siglo IV la tregua con los etruscos, comprometiendo las relaciones mantenidas con el Mediodía mediterráneo. Más tarde, con posterioridad al 350, y como consecuencia de su irrupción en los Balcanes, Grecia y Asia Menor, los celtas entran en un contacto más directo con los escitas y el Irán, a través de los pueblos vecinos de Europa y Asia, con los que mantienen relaciones, unas veces, amistosas y, otras, hostiles.

Finalizando el siglo IV, como consecuencia de la trascendental etapa de urbanización del sur de la Galia, motivada por la reanimación de la expansión marselesa, resulta posible reanudar los contactos seculares con el Mediterráneo.

XII. EL ARTE CELTA

Derivado de la tendencia a la estilización puramente geométrica que dominó Europa durante el Neolítico y la Edad del Bronce, el arte hallstático, todavía esquemático, muestra inclinación a convertirse en figurativo. Se introduce la figura humana y la animal, aunque reducida a un trazado lineal muy simplificado, como en los grabados de Mouriès o en la decoración de repujados de los cinturones de bronce de Hagenau. Pero fuertes influencias procedentes del Sur no tardarán en infundir a los celtas el sentido de la estatuaria de grandes proporciones a imagen de Grecia y Etruria, como así lo atestigua el hallazgo de estatuas de guerreros desnudos realizado en el sur de Alemania (Hirschlanden).

A partir del siglo V se abre en la evolución del arte de La Tène un nuevo ciclo, que, partiendo de nuevo de la estilización geométrica, se encamina hacia un semirrealismo y un expresionismo. En el siglo V se crea el bello estilo flamígero celta (*early celtic style* de Jacobstahl): aquí la representación humana y animal y los elementos geométricos de las decoraciones griegas y etruscas adquieren soltura, dentro de una ingeniosa y sabia armonía de curvas y contracurvas. El estilo se vuelve más sencillo y menos recargado en el siglo IV: se trata del estilo de Waldalgesheim, según la terminología de Jacobsthal. En el siglo III surge el estilo plástico, con intervención de volúmenes y sombras, al tiempo que se inicia la gran escultura (Roquepertu, Entremont). Con el paso del tiempo la inquietud figurativa (en

un principio de carácter fantástico e imaginario, y más tarde expresionista y barroca) invadirá progresivamente el arte celta. Las producciones finales del arte galo autónomo, como el monstruo de Noves o el caldero de Gundestrup, combinan los elementos tradicionales del genio indígena (fantasía y seguridad en el trazo curvilíneo) con un diseño inédito hasta entonces y destinado a poseer un brillante futuro: una cierta brutalidad sobria y decidida, una especie de dignidad formal en la representación humana, la riqueza de la invención y el extrañamente vivo sentido del movimiento presente en las siluetas y en las atormentadas formas de los animales son sus principales características.

C. 3. El Mediterráneo

I. INTRODUCCION

Hacia fines del tercer milenio a. C., Creta comienza a desempeñar un papel decisivo en la historia de la civilización: por hallarse situada en el corazón del Mediterráneo capta las corrientes culturales que proceden tanto de Asia como de Africa (a través de Egipto) y de Europa. De este crisol habrá de salir una civilización original, la civilización de las islas, que se difundirá a lo largo de las rutas marítimas e impregnará profundamente todas las costas del Mediterráneo.

Pero lo que también se suele denominar «el milagro egeo» se nos aparece, una vez más, precedido de largos siglos de oscuridad. Si los restos del Paleolítico son más bien escasos y se hallan circunscritos a Grecia continental, en cambio, a partir del séptimo milenio, comienzan a surgir en Tesalia, Macedonia y más tarde en las islas algunos emplazamientos neolíticos, cuyo origen hay que buscar, indudablemente, en dirección a Oriente, por intermedio de Anatolia, pero también hacia la parte de los Balcanes. Lo que se ha de encontrar en el presente capítulo constituirá, por consiguiente, el trasfondo de una civilización que, al entrar en contacto con los griegos, habría de convertirse en la cultura de Occidente.

La atención prestada a Chipre pondrá de manifiesto que la citada cultura de las islas no fue un simple «retoño insular» de la plataforma anatolia.

Al desplazarse hacia Occidente el movimiento nacido en el extremo opuesto del «gran mar» se encontrará pronto con las culturas de fines de las épocas paleolíticas, con las que habrá de fusionarse. La Europa neolítica surgió de este encuentro.

II. GRECIA

a) *Introducción*

Grecia se caracteriza por una gran variedad de paisajes. Sierras, llanuras fértiles, costas volcadas sobre el mar, islas grandes y pequeñas han favorecido ya en época prehistórica el que asentarán su planta en Grecia diversas culturas y grupos culturales. Las épocas de desarrollo pacífico han sido siempre sistemáticamente interrumpidas por influencias exteriores que, a su vez, han sido adoptadas, reelaboradas y de nuevo propagadas. Las más importantes provincias culturales de la época prehistórica son el Epiro, Tesalia y Macedonia en el norte, Fócida, Beocia y Ática en el sur de la península, además de las islas occidentales o jónicas, las diversas regiones del Peloponeso, las Esporadas, las Cícladas y Creta. Las islas anatólicas, el Dodecaneso y Chipre (ver págs. 77 y sigs.) dependen más especialmente de la esfera de influencia de Asia menor.

Una descripción general de la prehistoria griega debe menospreciar la división del país en pequeñas regiones naturales, ya que en cada época fue diferente la importancia de cada lugar.

b) *Paleolítico y Mesolítico*

La investigación de las culturas paleolíticas de Grecia comenzó hace sólo algunos años. Entre los descubrimientos más antiguos se cuentan los fragmentos de un cráneo de hombre de Neandertal encontrados en 1961 en una cueva cerca de Petralona, en los alrededores de Tesalónica. Utensilios del Paleolítico medio y superior han sido dados a conocer gracias a los trabajos de arqueólogos ingleses y griegos en el norte del país. Junto a ellos habría que recordar huesos y utensilios líticos de cornalina procedentes de las riberas del Peneio en las cercanías de Larissa, que, al menos en parte, parecen pertenecer al Paleolítico.

En 1942 se publicaron los resultados de las excavaciones del Paleolítico superior o final en la cueva de Seidi, en Beocia. A ellas hay que añadir excavaciones en estratos superficiales, sobre todo en el Peloponeso occidental. Según los primeros informes, pueden esperarse también de las cavernas griegas ejemplos de arte del Paleolítico superior.

En distintos lugares (Epiro, Tesalia, Macedonia, islas Jónicas, Peloponeso) se encontraron utensilios de forma paleolítica, pero que con toda seguridad son posteriores al Paleolítico, quizá en parte mesolíticos e incluso la mayoría más modernos.

El poblamiento paleolítico de Grecia tendrá que ser estudiado

con investigaciones intensivas y sistemáticas. Hasta ahora seguimos sin respuesta al problema de las relaciones culturales y demográficas entre las distintas regiones.

c) *Neolítico*

1) *Poblamiento precerámico*

El paso del nomadismo a formas de vida sedentarias fue lento también en Grecia. Los primeros asentamientos pre y proto-cerámicos de Chipre (ver págs. 77 y sigs.) y Macedonia (Nueva Nicomedia) (ver pág. 90) han de ser vistos en estrecha relación con Anatolia y el Próximo Oriente. Son la vanguardia de un amplio poblamiento neolítico que llega paulatinamente a todas las regiones de Grecia.

También se han dado a conocer yacimientos precerámicos de Tesalia (por ejemplo, en Sesklo). Los estratos inferiores de la *magula* de Argissa, cerca de Larissa, deben ser considerados como protocerámicos porque en ellos, junto a un inventario típicamente precerámico, aparecen ya cerámicas.

Quizá también bajo yacimientos superficiales con útiles de piedra postpaleolíticos (por ejemplo, en Cefalonia) se oculten yacimientos de tipo precerámico. El Neolítico precerámico de Grecia empieza probablemente antes del 6000 a. C.

2) *Tesalia*

El poblamiento neolítico del norte de Grecia tiene su centro de gravedad en Tesalia; especialmente conocidas son Sesklo y Dimini, que han dado nombre a las dos culturas más importantes del Neolítico. Además se han descubierto muchas otras *magulas* con restos neolíticos: se trata de montículos que se han formado con el paso de los siglos por superposición de distintos asentamientos en un mismo lugar.

Al Neolítico pre y protocerámico siguen en Tesalia las culturas proto-Sesklo y pre-Sesklo; de ellas procede sin apenas interrupciones la propia cultura seskla. Los depósitos, de una altura de tres metros, en el propio Sesklo y los estratos, de cuatro metros, en la *magula* de Otzaki nos hablan de la larga duración de esta cultura neolítica. Sus poblados están compuestos de pequeñas casas rectangulares con hogares en el interior. Las paredes de estos edificios eran de adobe, sobre cimientos de piedra. Hasta ahora no se han encontrado tumbas. Se cultivaba trigo, cebada y mijo; se conocían los garbanzos, los higos y las peras. Huesos de toro, cordero, cabra y cerdo hacen pensar que el pastoreo debía estar muy desarrollado, pero al mismo tiempo parece que la caza jugaba también un papel muy importante. La cerámica, en general de formas sencillas, pero a menudo bien trabajada, muestra a veces figuras pintadas en

rojo sobre fondo claro, pero también hay ejemplares lisos y de un rojo monocromático. Estatuillas de mujeres sentadas o en pie, de tono tostado, proceden de representaciones religiosas. Hachas de piedra pulimentada y sencillos objetos de sílex y obsidiana completan el repertorio de los asentamientos.

La cultura de Dimini, del Neolítico final, parece estar situada algunos siglos después del 4000 a. C. No careció de influencias externas, que llegaron hasta Tesalia a través de Macedonia oriental y Tracia. En la misma Dimini se puede reconocer un importante elemento nuevo: el poblado estaba rodeado por varios muros circundantes. La decoración de los típicos vasos de cerámica es más rica que en los de Sesklo: especialmente nuevos son los motivos de meandros y espirales. A una fase más tardía de la cultura de Dimini corresponden vasijas pintadas con tres colores.

3) *Grecia central y occidental y el Peloponeso*

Importantes asentamientos neolíticos se han descubierto en Fócida y Beocia; a ellos hay que añadir los yacimientos neolíticos excavados en Atica, sobre todo en los últimos años. En el noreste del Peloponeso hay que destacar, en especial, a Corinto y Lerna. En conjunto, el Neolítico de Grecia central y del Peloponeso parece ser comparable al desarrollo de la cultura de Tesalia, si bien con predominio de los rasgos locales típicos. Las costas occidentales griegas y las islas Jónicas apenas fueron afectadas por las influencias que se advierten en el resto del país (especialmente las procedentes de Asia Menor y las Cícladas); hay que sospechar más bien que los contactos con Occidente eran más estrechos.

4) *Creta*

Ya en época neolítica estaba colonizada toda la isla. Los hallazgos neolíticos más antiguos han aparecido sobre todo en cuevas.

Bajo el palacio de Cnosos yace una aglomeración maguliforme de once metros de espesor, compuesta de estratos de poblados más antiguos, que hacen deducir la existencia en este lugar de un periodo Neolítico comparativamente largo. Bases de edificios cuadrangulares con varias habitaciones y hogares en el interior pertenecen al Neolítico tardío. La cerámica neolítica cretense acusa la impronta de diversos influjos (Palestina y Egipto, por ejemplo). Los vasos están bien trabajados y a menudo van decorados con motivos incisos. En las fases centrales del Neolítico aparecen vasijas pulidas de superficies finamente nervadas. Pequeñas estatuillas, a menudo femeninas, recuerdan las de la cultura de Sesklo.

5) *Cronología*

El paso del Neolítico a la antigua Edad del Bronce parece haberse dado, como muy tarde, entre el 3000 y el 2700 a. C. Sin embargo, es posible que los primeros fenómenos propios de la Edad de los Metales hayan aparecido en territorio griego con anterioridad. En el interior del Peloponeso y en el occidente de Grecia hay que contar con un cierto retraso cronológico.

d) *La Edad del Bronce*

1) *Introducción*

Entre el Neolítico y la Edad del Bronce puede incluirse como horizonte de transición, independientemente de los datos de hecho y de los diversos puntos de vista, una fase calcolítica (Edad del Cobre). Pero de todas formas también es lícito hablar de Neolítico final. A tal contexto pertenece, por ejemplo, la cerámica negra y pulida, de finas paredes, de la llamada cultura de Larissa, en Tesalia.

Se tiene la costumbre de dividir la Edad del Bronce griega en cada caso en tres épocas (antigua, media y final), que proceden de los conceptos fundamentales de *tesálica* (para el norte de Grecia), *heládica* (para Grecia central, el Peloponeso y la costa occidental), *cicládica* (para las Cícladas) y *minoica* (para Creta). Cada una de estas épocas se subdivide a su vez (por ejemplo, antigua Edad del Bronce tesálico, I, II y III). Estas subdivisiones, por una parte, son cómodas, pero, por otra, son tan esquemáticas que no siempre corresponden a los hallazgos; a pesar de ello, deben ser mantenidas. Para nuestros fines sólo son ahora de interés las dos primeras fases de la Edad del Bronce en Grecia, ya que la fase final queda fuera de lo puramente prehistórico.

2) *La antigua Edad del Bronce*

α) *Tesalia, Macedonia y Tracia*

La antigua Edad del Bronce en Macedonia y Tracia se conoce especialmente por hallazgos superficiales. Se han realizado excavaciones entre otros lugares en Dikili Tash (junto a Filippi) y en Kritsana (Calcídica). No es posible por ahora una división en periodos diversos; se pueden comprobar las relaciones con Troya.

La antigua Edad del Bronce en Tesalia está mejor documentada. Excavaciones en la *magula* de Argissa, cerca de Larissa, han hecho aparecer estratos con un mínimo de tres fosos defensivos y varios horizontes de asentamiento de este periodo. Restos de casas cuadrangulares sobre pilares pertenecen aquí a un estadio posterior del mismo. La cerámica, lisa y pulida, no puede llevar decoración.

β) *Grecia central*

El establecimiento más conocido de la antigua Edad del Bronce en Beocia es Eutresis. Aquí, a los estratos del Neolítico medio y final, siguen varias fases claramente diferenciables entre sí (heládico antiguo I, II y III). Ocho diferentes horizontes de asentamiento con cimientos de casas pertenecen al heládico antiguo I (C₁₄: 2670 ± 60, 2673 ± 70 a. C.). También en los estratos del heládico antiguo II han aparecido cimientos de casas y vasos típicos (por ejemplo, *askoi*, salseras). Los objetos de metal se hacen más frecuentes. A finales de la fase heládica antigua III, Eutresis fue destruida (estrato del incendio).

En las proximidades de Atenas se encuentra el poblado de Aghios Kosmas, de la antigua Edad del Bronce. En él hay dos estratos del heládico antiguo, pero también se descubrieron tumbas de esta época. Entre los hallazgos llama la atención la gran cantidad de objetos de obsidiana (¿procedentes de Milo?).

γ) *El Peloponeso y la costa occidental*

Como características de los numerosos yacimientos de la temprana Edad del Bronce citamos aquí sólo las excavaciones de Lerna. Sobre fuertes estratos neolíticos descansan asentamientos de las fases II y III del heládico antiguo. El poblado del heládico antiguo II estaba fortificado. Digno de mención es un gran edificio rectangular, de 25 × 12 metros, en el centro del poblado: la llamada «casa de las tejas», que constaba de dos pisos al menos y estaba cubierta con tejas cocidas. Como cerámicas típicas del heládico antiguo II se han encontrado, entre otras, las siguientes: *askoi*, salseras, tazas y jarrones con doble asa. El poblado fue totalmente destruido a finales de la fase II del heládico antiguo (hacia el 2100 a. C.). A continuación los escombros de la «casa de las tejas» fueron apilados en una colina; en este lugar no se volvió a construir. La fase heládica antigua III nos introduce en la Edad del Bronce media.

También en el interior del Peloponeso se hallan numerosos poblados del heládico antiguo. Los hallazgos de la costa occidental, así como los de Cefalonia, Itaca y Leucade parecen ser cronológicamente más modernos.

δ) *Las Cícladas*

Las fases I-III del cicládico antiguo se corresponden aproximadamente con las correspondientes del heládico antiguo. Los fundamentos económicos de los numerosos poblados de la temprana Edad del Bronce en las islas Egeas hay que buscarlos sin duda en el comercio (entre otras mercancías, de obsidiana de la isla de Milo) y en la pesca; la agricultura no tuvo prácticamente importancia.

A principios de nuestro siglo fue estudiado en detalle el asen-

tamiento de Phylakopí, en Milo. Pudieron ser diferenciadas tres fases arquitectónicas. El poblado más moderno estaba fortificado. En Khaliandri, en la isla de Syros, se descubrieron en el año 1898 alrededor de 500 tumbas con numerosas ofrendas.

Son famosos los llamados «ídolos de las Cícladas», de mármol, que provienen principalmente de tumbas.

ε) *Creta*

La división de la antigua Edad del Bronce de Creta en minoico antiguo I-III se debe a los trabajos de Sir Arthur Evans, pero no ha resuelto todos los problemas. Hasta ahora no han aparecido series claras de estratos de la antigua Edad del Bronce entre los yacimientos neolíticos y los de la Edad del Bronce media. Probablemente, las fases I-III del minoico antiguo corresponden menos a una sucesión cronológica que a grupos de hallazgos locales en diferentes lugares de la isla.

Los establecimientos del minoico antiguo I están por lo general cerca de las costas. Son claras las relaciones con las Cícladas. En Mokhlos se encontraron, en relación con el minoico antiguo II, vasos líticos de estilo egipcio. Sólo ahora están apareciendo con cierta frecuencia objetos metálicos. Los hallazgos de la fase III del minoico antiguo llevan ya a la Edad del Bronce media.

ζ) *Resumen y cronología*

La variedad de los grupos culturales existentes en Grecia en la antigua Edad del Bronce no permite sistematizarlos en síntesis que los abarquen por completo. El hecho de que cada poblado importante posea caracteres individuales como centro de una pequeña región, dificulta también a menudo la obtención de determinaciones cronológicas claras. Lo único seguro es que el paso a la Edad del Bronce media debe haberse dado hacia el 2000 a. C.

3. *La Edad del Bronce media*

Quizá no haya que buscar siempre el salto entre las edades antigua y media del Bronce griegas en donde la terminología heredada lo hace sospechar, es decir, entre el heládico antiguo III y el heládico medio I, sino coincidiendo con el heládico antiguo II. De todas formas, está claro que a la antigua Edad del Bronce sigue un periodo de cambios muy decisivos. Pero como propiamente prehistóricos en su estricto sentido sólo pueden entenderse los primeros siglos del segundo milenio a. C. Elementos nuevos son, en primer lugar, la cerámica pintada y la torneada, la llamada miniana. Ambos fenómenos se relacionan a menudo con migraciones o desplazamientos de pueblos. Lo cierto es que también en Asia Menor, el Próximo Oriente y

Egipto se pueden observar acontecimientos históricos de gran importancia.

Así, la Edad del Bronce media debe ser considerada ante todo como una fase de transición a una nueva época; supone el fin de la prehistoria en territorio griego.

III. LA ISLA DE CHIPRE

Esta isla, situada entre las grandes civilizaciones del Egeo y del Próximo Oriente, jugó un importante papel a lo largo de su historia en los contactos culturales entre Oriente y Occidente, no sólo como un lugar de convergencia de las ideas que procedían de una región a la otra, sino también como un área donde los elementos culturales de Oriente y Occidente se mezclaron para la creación de una pujante cultura chipriota.

El periodo arqueológico más primitivo de Chipre es el Neolítico, que data, de acuerdo con los cálculos cronológicos realizados por el procedimiento del C₁₄, del sexto milenio antes de Cristo.

a) *El primer periodo neolítico (5800-4950 aprox.)*

Este periodo se conoce principalmente por el poblado de Khirokitia, que ha sido excavado en su mayor parte. Khirokitia está construida en las faldas de una colina a la orilla de un río. La elección del lugar como punto de asentamiento se justifica por su proximidad a manantiales de aguas perennes. Las casas cubren casi toda la falda de la colina; consisten en una, dos o tres *tholoi* (construcciones circulares en forma de colmena, con un tejado cónico que tenían a menudo un patio y una cerca). La parte baja de las *tholoi* era de mampostería, mientras que la alta estaba construida de adobe. Su tamaño varía: las más grandes tienen un diámetro de diez metros. La *tholos* se usaba también para enterramientos; se excavaban pozos pequeños en el suelo, dentro de los cuales se colocaba al difunto en posición fetal. Se hacían ofrendas, principalmente a las mujeres, consistentes sobre todo en cuencos de piedra que se rompían ceremonialmente sobre el cuerpo del difunto, collares de concha, adornos de piedra, etc. Se cubría al difunto con un suelo nuevo, pero la cabeza se cubría sólo con tierra, y en algunos casos con una piedra, lo que parece implicar un culto a los muertos, a quienes se ofrecían libaciones después del entierro. En ciertos casos se observó que en la cabeza del cadáver habían colocado una piedra pesada, lo que puede indicar un cierto miedo al muerto.

La principal característica del primer periodo Neolítico es la producción de vasijas de *andesita*, principalmente cuencos de

paredes delgadas, algunos de los cuales están decorados con adornos grabados o en relieve. Hay también ídolos de *andesita* representando la figura humana o cabezas de animales.

De entre los instrumentos que se encontraron en los suelos de las casas son notables las hoces de sílex, lo cual sugiere que los habitantes de Khirokitia practicaron la agricultura; esta tesis se ve confirmada por el descubrimiento de piedras de moler. Se usaban hachas de andesita para cortar madera, y agujas de hueso para confeccionar trajes. Las puntas de flecha de sílex sugieren la caza de animales salvajes, como ciervos y muflones. Hay que hacer notar, sin embargo, que ya se domesticaban cerdos, ovejas y cabras. Aparte de instrumentos de esteatita, andesita y sílex, Khirokitia produjo también cuchillos de obsidiana. Considerando que esto no se encontró en el estrato geológico de Chipre, debemos suponer que se importó de Asia Menor o del norte de Siria.

La cerámica es desconocida durante esta fase temprana del primer Neolítico, tal como éste aparece en Khirokitia, pero se encuentra por primera vez en el poblado de Troulli. Esta es una cerámica ya avanzada, con una superficie roja pulimentada o una superficie blanca decorada con pinturas en rojo. La fase de Troulli es una continuación de la fase previa a la de la aparición de la cerámica en Khirokitia, pero mucho más antigua que el segundo periodo Neolítico, cuya principal característica es la cerámica con adornos «raspados», tal y como aparece en Sotira y en los estratos altos de Khirokitia, que están fechados hacia el fin del cuarto milenio. El asentamiento de Troulli marca el fin del primer periodo Neolítico.

La isla tuvo relaciones con Asia Menor y el norte de Siria desde donde se importaba la obsidiana. También se debe notar que sus *tholoi* no son diferentes de los del norte de Mesopotamia y Creta. El estudio de los cráneos de Khirokitia muestra que sus habitantes eran braquicéfalos y practicaban la deformación artificial de los cráneos, pero ésta es toda la información que se puede extraer con respecto a su origen.

b) *Segundo periodo neolítico* (3700-3000 aprox.)

Entre los periodos primero y segundo del Neolítico queda una etapa desconocida, que tal vez puedan completar futuras investigaciones en localidades neolíticas. Es característica de este periodo la aparición de la cerámica con decoración raspada como ocurre en los estratos altos de Khirokitia, pero principalmente en el poblado de Sotira. La arquitectura de este periodo conserva elementos del periodo anterior, por ejemplo la *tholos* circular, pero hay también algunas innovaciones. En Sotira aparecen por primera vez las habitaciones cuadradas, con esqui-

nas redondeadas, y a menudo hay casas con dos o más habitaciones. El hogar es la parte principal de la casa.

Los cadáveres se enterraban en pozos dentro o fuera de la casa. Ya se ha mencionado que la cerámica raspada es la característica de este periodo. Las vasijas están pintadas de rojo, pero antes de que la pintura se secase, se rascaba parte con un cepillo, de forma que quedaba la superficie de la vasija con bandas intercaladas de colores claro y oscuro. Con frecuencia se pintaban bandas en una superficie blanca, combinadas con una decoración raspada.

Contemporáneo del poblado de Khirokitia es el de Kalavastos. Sus casas difieren de las de Sotira en que son circulares, en parte excavadas en la roca, y con un poste en el centro que soporta el tejado cónico.

c) *El primer periodo calcolítico (3000-2500)*

El principal asentamiento de este periodo es Erimi. Los estratos inferiores de este poblado han proporcionado cerámica semejante a la de Khirokitia, o sea, con decoración pintada sobre superficies blancas, aunque todavía se encuentra cerámica raspada. Hay algunas vasijas muy bien pintadas con diseños lineales o florales.

En Erimi se han descubierto asimismo un buen número de ídolos de arcilla, del tipo de la diosa desnuda de la fertilidad que fue adorada en todo el Próximo Oriente. Hay también ídolos de esteatita con forma de cruz y, por primera vez, instrumentos de cobre.

d) *El segundo periodo calcolítico (2500-2300)*

Este periodo está representado por el asentamiento de Ambelikou, y es esencialmente una continuación del primer periodo calcolítico. Las *tholoi* circulares siguen siendo del mismo tipo que las de Erimi, pero hay un cambio en la cerámica, en la que las superficies van cambiando gradualmente al rojo pulimentado. No se han encontrado instrumentos de cobre, pero esto puede ser debido a las pocas excavaciones.

e) *La antigua Edad del Bronce (2300-2000)*

Durante los periodos neolítico y calcolítico la isla conservó su propia tradición cultural con pocas influencias del exterior, pero en la segunda mitad del tercer milenio se puede observar un súbito cambio en la cultura de la isla, como resultado de la penetración de elementos exteriores que procedían del oeste de Asia Menor. La isla, por consiguiente, ya no continuará aislada, sino que comenzará un periodo de relaciones con los países vecinos; ésta será básicamente la pauta a la que se ajus-

tará su evolución cultural a lo largo de la prehistoria. La causa de los primeros contactos con sus vecinos, tanto culturales como comerciales, fue sin duda alguna la fama que adquirió la isla como importante productora de cobre. Este cambio en la cultura chipriota queda patente principalmente en el desarrollo de la cerámica específicamente chipriota. Aparecen elementos estilísticos que provienen del occidente de Asia Menor junto a los elementos tradicionales de Chipre, pero gradualmente ambos se unen en un solo estilo. Este periodo de la antigua edad del Bronce se divide en tres fases:

1. La primera fase (2300-2200) está representada principalmente por la necrópolis de Philia. Las tumbas son cuevas naturales que se encontraban en las laderas de las montañas y donde se enterraban los cadáveres con ofrendas. Un asentamiento pequeño de este periodo se excavó parcialmente en la cercana ciudad de Kyra.

La forma más característica de las vasijas de la fase de Philia son las jarras con una superficie roja pulimentada, con la boca en forma de pico y una base pequeña. Pero también se encuentran cuencos con pitón del más puro estilo chipriota que ya se conocían desde el Calcolítico. Un estilo digno de mención en lo que se refiere a la cerámica, que se observa en Philia y otros lugares, consiste en una decoración raspada sobre una superficie negra; esto ocurre también en Tarso (Asia Menor). Aunque continúa la decoración pintada según la tradición chipriota, también se encuentra decoración detallada en vasijas rojas pulimentadas, un estilo que se copió, probablemente, del arte de las Cícladas. Hay quien estaría dispuesto a aceptar contactos incluso mayores entre la cultura de Philia y el Egeo.

Excavaciones recientes han sacado a la luz importantes hallazgos de la fase de Philia en Vasilia; se pueden incluir, entre ellos, dagas de bronce, brazaletes y vasijas muy notables de alabastro egipcio.

2. La segunda fase (2200-2100) está representada por la necrópolis de Vounous (excavaciones hechas por la Escuela Británica de Atenas). Las cámaras funerarias son pequeñas, y contienen uno o dos esqueletos junto con gran cantidad de vasijas, objetos de bronce y ofrendas. En cerámica hay una amalgama de elementos de Chipre y Anatolia. Las jarras tienen forma ovalada, con una base pequeña y plana y una boca pequeña a diferencia de los grandes cuencos con o sin pitón. El estilo predominante en las vasijas es el rojo pulimentado, pero se encuentran a menudo objetos decorados con anchas bandas sobre una superficie blanca. La decoración en relieve se hace más variada y aparece un nuevo estilo con figuras animales y humanas de una gran plasticidad. La cabeza del toro y la ser-

piente aparecen muy a menudo en los relieves de algunos objetos, más frecuentemente rodeando el borde de los cuencos. En la necrópolis de Vounous se encontró también la primera muestra de importaciones de Siria, una simple jarra blanca.

3. La tercera fase (2200-2000) es la culminación de la antigua Edad del Bronce. La isla por entonces ya estaba densamente poblada y el estudio de este periodo es por tanto más fácil, ya que se puede encontrar mucho material, no sólo en las tumbas, sino también en los poblados. Hay una riqueza sin precedentes de ofrendas funerarias, lo cual es característico de la prosperidad que alcanzó la isla en este periodo, debida probablemente a la explotación sistemática de las minas de cobre, como quedó demostrado en las excavaciones de Ambelikou.

En las tumbas han aparecido, además de muestras de cerámica, muchos instrumentos de bronce, armas y herramientas y, ocasionalmente, joyas de plata, e incluso de oro.

En Alambra se realizó la primera excavación de una casa de la antigua Edad del Bronce. Consiste en dos habitaciones consecutivas en forma de *L* con un patio enfrente. La parte baja de las paredes es de mampostería, y la parte superior de adobe. También se encontraron otras casas en Ambelikou.

La arquitectura funeraria se conoce por cientos de muestras excavadas en distintas partes de la isla. Hay cámaras funerarias, excavadas en la roca, casi siempre en las laderas de las colinas. Las cámaras son normalmente circulares y frente a ellas se encuentra un pasadizo en forma de zanja. También hay tumbas familiares para muchos enterramientos. La fachada de las cámaras funerarias está a veces decorada con adornos lineales. En el *dromos* (pasadizo de acceso) de una tumba recientemente excavada en Karmi se ha encontrado un relieve tallado en la roca que representa una figura humana de un metro de altura.

En lo que se refiere a la cerámica hay una completa amalgama de elementos chipriotas y anatolios. Las formas chipriotas tradicionales continúan siendo utilizadas, pero los alfareros inventan algunas nuevas. Aparecen ahora vasijas de diseño decorativo compuesto, así como también otras decoradas con figuras en relieve, como también veremos más adelante. Es notable la variedad de diseños, ya se trate de los conseguidos por medio de incisiones o de relieve, y abundan también las vasijas decoradas con figuras de gran plasticidad, en composiciones inspiradas en la vida diaria. Hay igualmente una rica variedad de objetos de bronce, especialmente dagas con la punta curvada y con un nervio central prominente.

En la necrópolis de Vounous se han descubierto dos valiosas composiciones de figuras de arcilla. Una de ellas representa a dos bueyes arrastrando un arado; este último era de madera,

excepto en lo que se refiere a la reja, que debía ser de bronce. La segunda representa un santuario circular al aire libre en el que se está celebrando una ceremonia: algunas figuras humanas asisten a una danza ritual, en la que los bailarines llevan serpientes en las manos y se cubren con máscaras en figura de toro. El toro y la serpiente son los símbolos de la vida y de la muerte respectivamente, las dos ideas reverenciadas por los chipriotas primitivos.

Los chipriotas de esta antigua Edad del Bronce eran agricultores. Cultivaban la tierra, tenían animales domésticos y sabían trabajar el cobre. Vestían ropas tejidas y las mujeres utilizaban en sus peinados adornos en espiral de plata, oro y bronce. También usaban collares de cuentas de vidrio egipcio u otras piedras.

La isla continúa sus relaciones con los países orientales, a los que ahora se añade un nuevo país: Egipto. También parece haber indicaciones de que la isla tuvo relaciones con la Creta minoica. Se han encontrado instrumentos de bronce y jarrones procedentes de Creta en algunos centros de la costa septentrional de Chipre, como Lapithos.

La última fase de la antigua Edad del Bronce constituye uno de los periodos arqueológicos más ricos de la historia de Chipre. La isla vive en medio de una gran riqueza material que se debe principalmente a un intenso comercio exterior, basado en la exportación de cobre, con el consiguiente contacto cultural, no sólo comercial, con los países vecinos. Estas tendencias se continuaron durante la Edad del Bronce media (2000-1600) cuando la isla comerció principalmente con la costa sirio-palestina. Continuaron los contactos con Creta, ya que las naves cretenses a menudo fondeaban en los puertos de la costa norte de Chipre, de paso hacia el puerto internacional de Ugarit en la costa opuesta.

IV. EL LEVANTE ESPAÑOL

a) *El Paleolítico y el Mesolítico*

Al escaso Cheleo-achelense existente y a un Musteriense, cuyos portadores neandertaloides han sido estudiados en Gibraltar, Piñar y Bañolas, sucede un Paleolítico superior más original. A falta de Chatelperroniense (Perigordense inferior) parece que un Musteriense evolucionado dio paso directamente al Auriñaciense. Es probable que el Perigordense superior (facies «insular») coexistiese parcialmente con el Solutrense. Este habría enlazado con una tradición protosolutrense perteneciente al Musteriense final. La última etapa del Solutrense manifiesta su

originalidad principalmente en Parpalló (Valencia), cuyas puntas pedunculadas con aletas prefiguran ciertos tipos de puntas de flechas calcolíticas. El Magdaleniense, contemporáneo de este Solutrense avanzado, desempeña un papel poco importante, salvo en ciertos lugares, como la cueva del Parpalló en la que se advierte cómo desde el Perigordense superior hasta el Magdaleniense medio se perpetúa una misma tradición artística, patente sobre todo en el *arte* mueble. Esta tradición se continúa en un Mesolítico (o Epipaleolítico) emparentado con el Saueverriense y el Tardenoisense, sin que para explicarlo resulte imprescindible acudir a una aportación capsense del norte de Africa. En general, se coincide en atribuir a estos cazadores-recolectores el espléndido arte rupestre de las accidentadas gargantas situadas entre Lérida (Cataluña) y Vélez Blanco (Almería). Dicho arte, cuyas representaciones escénicas evocan a la perfección el género de vida de sus autores, degenerará en el transcurso del Neolítico en las representaciones esquemáticas.

b) *El Neolítico*

La tradición epipaleolítica prosigue cuando aparecen los primeros elementos neolíticos (cerámica *cardial* decorada por impresión). Probablemente este Neolítico antiguo, originario del Mediterráneo oriental, penetró de forma difusa sin trastornar el género de vida indígena. No sucedió lo mismo con la *cultura de Almería*, primera manifestación puramente neolítica de la España mediterránea. En este caso, en efecto, se trata de la instalación en puntos costeros privilegiados, sobre todo en Andalucía (Los Millares) y Murcia, de un grupo humano portador de un rico patrimonio cultural cuyos elementos evocan asimismo el Mediterráneo oriental: se trata de ídolos-placas de tipo egeo, o de tumbas colectivas derivadas de las *tholoi*. Puede hablarse de auténticas colonias, en el primitivo significado de esta expresión. Partiendo de tales bases, la citada cultura irradia sobre todo por contaminación, determinando el nacimiento de distintos grupos culturales en el interior (grupos megalíticos de Portugal y Granada).

Una nueva oleada de colonizadores procedentes del Oriente mediterráneo relevó, al parecer, a la instalada en Almería: se trata de la *cultura de Los Millares*, obra probablemente de pueblos trabajadores del cobre que buscaban este metal tan abundante en la Península Ibérica. Tenían por costumbre fortificar sus colonias (la muralla de Los Millares data, según el C₁₄, del 2350 a. C., aproximadamente). Un poco más tarde se manifiesta una nueva oleada oriental: a su repercusión sobre un grupo del interior (la denominada *cultura de las cuevas*) se debería la eclosión de la *cultura del vaso campaniforme*. Su difusión

siguió de cerca a su aparición. A partir de su centro de origen, situado en el sur de la Península, el vaso campaniforme y el puñal de cobre batido (técnica retrógrada en relación a la de los metalúrgicos de Los Millares) se difundieron en grado tal que se han convertido en el testimonio de la existencia de un complejo de corrientes comerciales o étnicas de alcance pan-europeo. Algunas de estas corrientes, procedentes en un núcleo secundario de Centroeuropa, repercutirán siglos más tarde en la misma España («horizonte de reflujo» de Sangmeister). Entre los grupos culturales diferenciados en esta época, es preciso mencionar a la *cultura de El Agar* (Bronce mediterráneo II, y Bronce Ib o II, según otros autores) en el sudeste español. Fue obra de un pueblo próspero y fuerte, cuyos poblados fortificados, cementerios con enterramientos en cistas o tinajas, armas y objeto de cobre, explican la influencia, cuando no la dominación, que debieron ejercer sobre gran parte de la Península. Algunos objetos importados, de origen egipcio, sitúan en el siglo XIV a. C., el máximo apogeo de esta cultura, que, en consecuencia, se prolongó durante un periodo bastante largo. En la época de su extinción, el Levante español se hallaba ya preparado para recibir la infiltración de los grupos del Bronce final procedentes de las costas del Atlántico, que preceden inmediatamente la llegada de los celtas. No por ello se interrumpe la aportación mediterránea, ya que, hacia el año 1000, se instalan en el extremo meridional (Cádiz) las primeras factorías fenicias.

En cuanto a las Baleares, y sin excluir una aportación neolítica antigua, se puede atribuir la primera colonización atestiguada con seguridad a los últimos portadores del vaso campaniforme. En seguida el enriquecimiento de la cultura de El Agar por influencias originadas en otras islas (sobre todo de Cerdeña) motiva la creación de una cultura autóctona cuyas manifestaciones más espectaculares las constiuyen las construcciones ciclópeas: *talayots*, *taules* y *navetes*. El aislamiento, interrumpido en Ibiza por la instalación fenicia (siglo VII), se prolongará en Mallorca y Menorca hasta la conquista romana.

V. CERDEÑA

En esta gran isla los primeros indicios de vida humana datan del Neolítico antiguo. A partir del Eneolítico, Cerdeña se vio sometida a un haz de influencias externas. La cultura del vaso campaniforme, procedente de Cataluña y (o) del Mediodía francés, se establece en ella, instaurando la tradición dolménica. El mundo egeo imprime una honda huella en la isla. El resultado

de tales aportaciones es una original cultura sarda. De la que conocemos fundamentalmente el periodo de mayor esplendor: la cultura de las *nuragas*, nacida hacia la mitad del segundo milenio, y cuya evolución dura más de mil años. Su símbolo es la *nuraga*, torre-fortaleza en la que se aplica el principio de la falsa cúpula originario del Mediterráneo oriental.

VI. CORCEGA

Basándose en los primeros resultados de la tardía excavación sistemática de esta isla, es posible concluir que no recibió a sus primeros ocupantes hasta el Neolítico antiguo, ya que éstos eran colonos de origen egeo llegados a finales del tercer milenio. Los monumentos ciclópeos, testimonios de esta cultura, jalonan un milenio.

VII MALTA

El primer asentamiento humano data del Neolítico antiguo (cultura siciliana de Stentinello), pero, también aquí, es durante la antigua Edad del Bronce cuando la isla participa de las corrientes culturales nacidas en Oriente. En cualquier caso, su cultura, caracterizada por el templo de planta plurilobular decorado con bajorrelieves, por los enterramientos en hipogeos y por las naturalistas estatuillas femeninas, perdurará hasta el siglo XIII antes de Cristo.

VIII. ITALIA

a) *El Paleolítico y el Mesolítico*

Desde el Chelense la península comienza a poblarse entre Quinzano (Verona) y la Basilicata, pasando por el campamento de cazadores achelenses de Torre in Pietra, junto a Roma. El Paleolítico medio ofrece algunas facies regionales. En efecto: junto a un Musteriense típico como, por ejemplo, el del nivel con cráneos neandertalenses de Saccopastore (Roma), se tiene, sobre todo en la franja costera sudoccidental, un utillaje caracterizado por el empleo de diminutos guijarros tallados: el *Pontinense*. Es asimismo esta industria la que en la cueva Gattari del Monte Circeo (Lacio) acompañaba a un depósito (¿ritual?) de dos mandíbulas y un cráneo neandertalenses. Antes de esta época, las islas mayores y las menores desconocían todavía la presencia del hombre.

El Paleolítico superior de Italia muestra algunas variedades locales cuyas relaciones no se han aclarado todavía. Liguria (Grimaldi, Arene Candide) se halla vinculada a Francia hasta

el Perigordiense superior, en tanto que en el resto de la península la situación es diferente: a falta del Chatelperroniense, aparece una facies peculiar del Auriñaciense típico (el *Circense*, en el que se trabaja el mismo material que en el Ponticense). Fundamentalmente es en el Gravetiense (Perigordiense superior) donde se observa cierta diferenciación en los grupos, tendencia que se explica por la ausencia del Magdaleniense. Pueden distinguirse: un Gravetiense de tipo occidental, un *Bertoniense*, de los Abruzos (fechaado con el C_{14} del 12500 al 8500, aproximadamente), un *Romaneliense*, de características microlíticas más acusadas (hacia el 10000) y una *facies de San Teodoro*, en Sicilia, dentro de la cual desempeña la cuarcita cierto papel. El arte rupestre y mueble, no muy abundante, ofrece alguna variedad: «venus» (fechadas por analogía), grabados, pinturas en guijarros o en huesos, y grabados de las cuevas de Romanelli (Apulia), del archipiélago de Levanzo, o de Monte Pellegrino (Sicilia).

La persistencia de la tradición perigordiense en sus diversos aspectos, así como la escasa amplitud de las oscilaciones climáticas en la península, dificultan la demarcación de la línea divisoria entre Paleolítico superior y Mesolítico. Nuevamente aparece el fenómeno observado ya en España.

b) *El Neolítico*

El proceso de introducción del Neolítico en Italia sigue aguardando un estudio detallado. Al igual que en España, su primera manifestación indiscutible la constituye la cerámica de decoración impresa (fig. 4), cuya existencia se conoce fundamentalmente

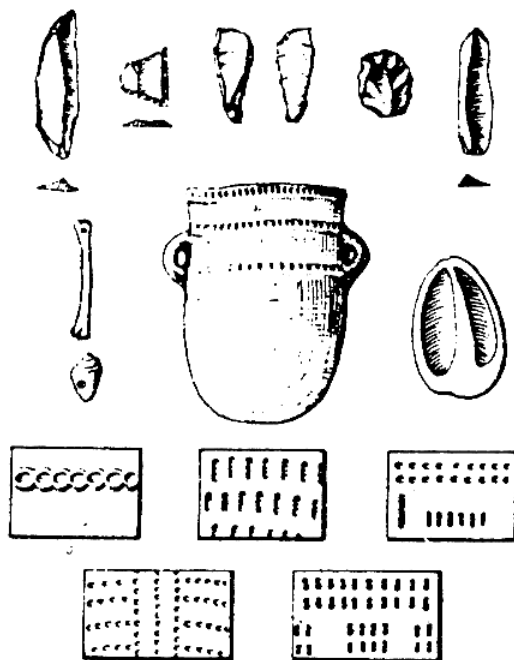


Fig. 1. Utensilios de la caverna de Arene Candide (Savona) (según Bernabò Brea, en G. Bailloud y P. Mieg de Boofzheim).

La cultura de Rössen de Alemania occidental fue reemplazada en la segunda mitad del cuarto milenio a. C. por la de *Michelsberg*, una cultura afiliada al complejo norteño de la cultura de «jarras con cuello de embudo» y a la lejana Chassey. El área de los Alpes septentrionales se vio también ocupada por grupos culturales de la misma derivación, caracterizadas por una cerámica muy sencilla.

En el sur y oeste de Suiza y en el este de Francia se desarrolló la cultura neolítica occidental, conocida con el nombre de *Cortailod* por la localidad homónima del lago de Neuchâtel. Esta cultura estuvo asociada a lo largo de cien años con los habitantes de las zonas lacustres, que construían sus casas en el agua apoyadas sobre pilas. Esta idea fue sugerida por los trabajos de Ferdinand Keller en el lago de Zurich, en 1854. Excavaciones recientes han demostrado que aquellos asentamientos estaban constituidos por aldeas construidas en la playa sobre terreno seco o pantanoso y formadas por pequeñas casas rectangulares. Las formas de la cerámica de Cortailod eran cuencos de base redonda sin decoración o con decoración de corteza de abedul y jarras y platos. En lugares húmedos se han encontrado en buena conservación vasijas de madera, astas para flechas, hachas y hoces. La agricultura queda atestiguada por trigo, cebada, guisantes y lentejas, todo ello carbonizado. También se encuentran carbonizadas manzanas, ciruelas y adormidera. Los animales domésticos más abundantes fueron cerdos y cabras. Las fechas según el C_{14} obtenidas en los yacimientos mejor excavados sitúan esta cultura aproximadamente entre 3000 y 2600 antes de Cristo; las dataciones dendrocronológicas dan 700-800 años más de antigüedad.

En las tierras de la Europa septentrional se introdujo la cerámica y la economía productora de alimentos antes de que apareciera la cultura de «jarras con cuello de embudo», que tuvo lugar en el cuarto milenio a. C. o incluso antes. Los descubrimientos en el noroeste de Alemania y en Dinamarca prueban que la población Ertebølle, que se consideraba mesolítica, era ya agricultora en pequeña escala. El origen de la cultura de «jarras con cuello de embudo» o cultura TRB (*Trichter-becker Kultur*) (fig. 4) no se conoce aún con certeza. Puede ser una rama de la cultura neolítica de Europa occidental, que recibió continuas influencias de las culturas Rössen y Lengyel del centro de Europa.

En los yacimientos más antiguos de la cultura TRB en Dinamarca se encontraron huellas de tres especies distintas de trigo y cebada, así como huesos de ganado vacuno, cabras y ovejas. Aquella gente practicaba la agricultura migratoria, al igual que los danubianos del centro de Europa. Se pueden distinguir tres

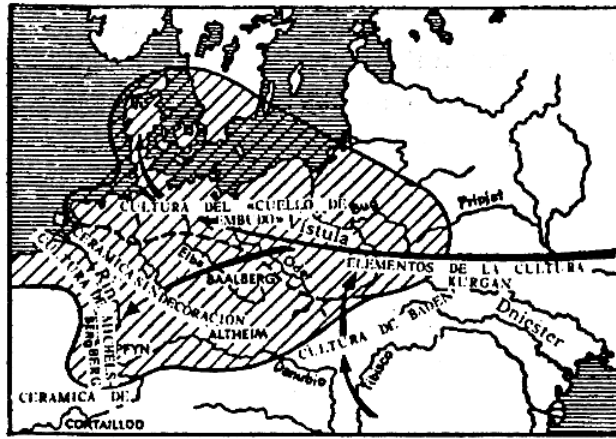


Fig. 4. Distribución de las culturas de «jarras con cuello de embudo» y de los grupos humanos con cerámica sin decorar durante el tercer milenio a. C. Las flechas indican las influencias de las culturas de Kurgan y de Baden.

fases tempranas y cinco fases medias del Neolítico, que según mediciones efectuadas con el C_{14} se pueden situar entre el 3400 y el 2400 a. C. La forma predominante en la cerámica de la cultura TRB es la de «jarras con cuello de embudo». Al principio de la segunda fase temprana neolítica apareció una forma muy peculiar: un frasco de cuello vuelto. A partir de la tercera fase se conocen grandes túmulos en Kujawia, Polonia; en Dinamarca y noroeste de Alemania aparecieron cámaras de piedra construidas con enormes cantos, para enterramiento en túmulos alargados o redondos. Durante este periodo conseguían objetos de cobre de las poblaciones establecidas en el sudeste intercambiándolos por ámbar. Grandes depósitos de cuentas de ámbar, algunos conteniendo millares, muestran que el ámbar se usaba para comerciar.

El Neolítico medio se caracteriza por sus tumbas en forma de pasadizo y por una cerámica decorada abundantemente y con incisiones profundas. Las cinco fases muestran una continua evolución, aunque ya estaba allí una población protoindoeuropea kurgan que ocasionó la desintegración de la floreciente industria de la «jarras con cuello de embudo». A partir de mediados del tercer milenio comienza aquí la cultura neolítica final de las tumbas individuales que llega hasta la Edad de Bronce nórdica (germánica).

Los pueblos que vivían al norte de la cultura TRB en Escandinavia y en el área del Báltico oriental continúan siendo cazadores y pescadores. En el área del Báltico oriental, Finlandia y Carelia se desarrolló la cultura «Kammkeramische», que se caracteriza por vasijas grandes de base en punta, decoradas por medio de impresiones realizadas con un instrumento parecido a un peine, y también con pequeños hoyos, impresiones semejantes a cordones trenzados, y finalmente incisiones lineales. El conocimiento de la cerámica se difundió en esta zona desde el área sur del Báltico o bien desde la cuenca alta

del Dnieper, donde aparece un tipo de cerámica muy semejante. El comienzo de esta cultura debe remontarse al periodo atlántico (así, las dataciones del C₁₄ para el yacimiento de Kääpa (sur de Estonia, lo sitúan entre 4825 ± 235 y 4480 ± 255 antes de Cristo. Sus portadores eran europeos, de cráneos macizos y caras anchas, con un cierto parecido al hombre cromañón. Su cultura acabó a consecuencia de la intrusión del pueblo kurgan, Dnieper arriba y a lo largo de las costas del Báltico hasta la Finlandia suroccidental, y por la invasión de pueblos procedentes del área del alto Volga-Oka en Rusia central, que difundieron una cerámica decorada con puntos.

En la primera parte del segundo milenio a. C. a lo largo de las costas sudoccidentales de Suecia y las islas de Gotland y Öland apareció una nueva cultura llamada de «*la cerámica punteada*» por un recipiente característico, un cuenco con base plana o en punta y una hilera de hondas depresiones debajo del borde. Se cree en general que el pueblo de la cultura de «cerámica punteada» procedía del este y vagó a lo largo de la costa como los esquimales. Sus principales ocupaciones eran la caza de la foca y la pesca, pero muy pronto aprendieron a cultivar algo de cebada y a mantener pequeños rebaños de ganado vacuno, ovejas y cerdos. Estaban equipados con arcos y flechas, hachas de piedra de grueso mango, arpones de dientes gruesos, arpones de dientes finos y anzuelos de hueso.

La cultura de «cerámica punteada» de los pescadores y cazadores de Rusia central estaba unida culturalmente con Rusia oriental y la zona de los Urales. Algunos de los esqueletos muestran una mezcla de elementos europeos y mongólicos. En su expansión hacia el norte estos pueblos se asimilaron a la cultura «kammkeramische». En la región de los lagos hay una concentración de yacimientos, principalmente alrededor del lago Onega. La gente vivía en pequeños grupos, en viviendas semisubterráneas. Usaban pizarra y cuarzo para estiletes, cuchillos curvos, rascadores, cuchillos y otros utensilios. En el comercio entre Finlandia, Carelia, Suecia y el norte de Rusia se intercambiaron objetos de pizarra verde finamente trabajada. Entre Siberia y Escandinavia circularon hachas de piedra con orejetas y azuelas ruso-carelianas. Desde el final del tercer milenio a. C. hasta casi la mitad del segundo, en que se inicia en la zona la Edad del Bronce, se puede rastrear un continuo desarrollo de la cultura de las cerámicas punteadas.

Las tradiciones artísticas del Mesolítico persistieron en el norte de Europa, durante el Neolítico y la Edad de Bronce. Los mejores ejemplares de esculturas en piedra y madera representando alces, osos y aves acuáticas proceden de Finlandia y norte de Rusia. Se trataba de animales importantes en la eco-

nomía y sus representaciones parecen estar conectadas con la magia propiciatoria de la caza. En contraste con estas esculturas naturalistas de animales, están las figuras humanas completamente esquemáticas, realizadas en ámbar, arcilla, hueso, madera y sílex. Los grabados en roca están situados en las costas orientales del lago Onega, en las riberas del río Vyg en el mar Blanco, y en numerosas rocas de Suecia y Noruega (estas del sur de Escandinavia pertenecen a la Edad del Bronce del área septentrional). Los dibujos debieron ser grabados a lo largo de un periodo de muchos milenios. Predomina en ellos el sencillo trazado de las siluetas, mientras que toda la figura está trabajada. En los primeros periodos se grababan principalmente renos, alces o figuras de peces, pero en el segundo milenio antes de Cristo son frecuentes escenas más complicadas y representaciones simbólicas. Entre éstas se encuentran círculos, estelas, figuras en parte animales y en parte humanas, figuras humanas con los brazos levantados, barcos, hombres esquiando o sosteniendo arcos en posición fálica y cisnes con cuellos exageradamente largos.

III. LA EDAD DEL BRONCE

La metalurgia local empezó en la zona montañesa centro-europea alrededor del 1800 a. C. El curso del desarrollo cultural cambió rápidamente. El predominio de la metalurgia dio lugar a un excedente en los medios de subsistencia. Muy pronto la cultura centro-europea de *Aunjetitz* (Unetice) se transformó en la más fuerte de Europa. El conocimiento de la metalurgia se extendió desde el centro de Europa hacia el norte; surgieron así las culturas del área septentrional de la Edad del Bronce en el noroeste de Alemania y sur de Escandinavia, y la cultura báltica en el norte de Polonia, este de Prusia, Lituania, sur de Letonia y Bielorrusia (ver fig 4, en el capítulo «Europa oriental»). Objetos de metal de forma original sólo aparecen en estas áreas a partir del 1500 a. C. La región norte de los Cárpatos fue influida por el centro metalúrgico que estaba al sur de estas montañas.

El bloque centro-europeo de las culturas de la Edad del Bronce, llamado *Aunjetitz*-cultura de los túmulos-cultura de los campos de urnas, desarrolló al principio de esta Edad (desde el siglo XVIII hasta el XV a. C.) importantes centros metalúrgicos que se extendieron por todo el centro y este de Europa hacia 1400 a. C. y, finalmente, después de adoptar la cremación como forma de enterramiento, se convirtió en la cultura de los campos de urnas. Sus más antiguos portadores comenzaron su gran

movimiento de expansión hacia los Apeninos y península balcánica hacia el final de 1300 a. C.

La población Aunjetitz de la antigua Edad del Bronce creó una cultura del metal única y desarrolló un vital comercio en bronce, ámbar y oro, a través de toda Europa, poniendo en comunicación la zona báltica con Grecia. En el primer periodo las explotaciones de cobre se concentraron en el área oeste de los Cárpatos y en la región montañosa alemana. Los verdaderos bronce (cobre y estaño) aparecieron en el siglo XVI a. C. Los primeros objetos de metal muestran una amalgama de estilos en la que se mezclan los del Ponto, Próximo Oriente y Europa occidental. Los siglos XVII y XVI están marcados por una sorprendente abundancia de artefactos metálicos y por un floreciente comercio, como lo demuestran las rutas del ámbar, bronce y oro.

Los sepulcros Aunjetitz se encuentran bajo túmulos de tierra en pozos profundos rodeados y cubiertos de piedras. Entre ellos se conocen en Sajonia-Turingia y en el occidente de Polonia algunas tumbas reales de construcción muy elaborada y de riqueza excepcional. Todas consisten en grandes túmulos de hasta ocho metros de altura que cubren cámaras mortuorias construidas con vigas de roble. Los personajes reales se enterraban extendidos en contraste con los ritos usados para el pueblo, al que se enterraba en posición fetal, en ataúdes formados por troncos de árbol. Las tumbas se llenaban de ánforas muy trabajadas, adornos de oro y bronce, hachas, dagas, alabardas y buriles de bronce. Entre los adornos abundaban los broches, brazaletes, broches de cinturón y cadenas, junto con una enorme cantidad de cuentas de ámbar y espirales de bronce que se usaban como collares o como adornos cosidos a los trajes.

Las pequeñas aldeas situadas en montículos o a orillas de los ríos muestran que esta gente vivía en comunidades pequeñas, de forma similar a como vivían sus antecesores indoeuropeos en las estepas de Eurasia.

Hacia 1500 a. C. aparecen muchos poblados construidos en colinas fortificadas en Bohemia, Moravia, Baja Austria y el sudoeste de Eslovaquia. Algunos de ellos tenían fortificaciones impresionantes con murallas notablemente gruesas y profundas zanjas. Estos pueblos poseían carros de cuatro ruedas tirados por caballos y añadían a su armamento cabezas de lanza de bronce y pequeñas espadas con empuñaduras de bronce. También se encuentran en gran cantidad piezas de cuerno y placas de adorno para los arneses de la cabeza de los caballos. La gran expansión territorial que había de seguir debió mucho al descubrimiento de la rueda y al uso del caballo.

Esta expansión tuvo lugar hacia el 1400 a. C.; fue como

una explosión cultural que extendió su influencia y el control de su gente por toda la región situada entre el Rin y el Dnieper y la que comprendía desde el mar Báltico hasta el bajo Danubio. Las culturas de esta época en Hungría, Rumanía, este de Checoslovaquia y norte de Yugoslavia vivían bajo el signo de la guerra. Los guerreros iban equipados con largas espadas de hoja recta, afiladas y puntiagudas, con empuñaduras de bronce o madera, y también con espadines, dagas, puntas de lanza, hachas y puntas de flechas de bronce. En los sepulcros masculinos las cuchillas y tenacillas se convirtieron en los artículos más comunes. Las variantes en las formas y decoraciones de la cerámica indican la diferenciación de la cultura en las distintas provincias, cada una con su estilo local. Una provincia estaba en la sección oeste del Rin; otra, la más rica, ocupó ambos lados del alto Danubio, en Baviera, Austria, sur de Bohemia y sur de Turingia, y se conoce como la cultura *Hügelgräber*; otra ocupó el este de Alemania, y el oeste de Polonia se conoció como cultura *Lusaziense*; y, finalmente, la llamada de *Piliny*, en la provincia meridional, compuesta por las tierras de más reciente adquisición en el norte de Hungría y en Eslovaquia.

El periodo más próspero se puede fechar en el siglo XIV y principios del XIII a. C.; hacia la mitad del siglo XIII comenzó



Fig. 5. La cultura centroeuropea de los campos de urnas y su expansión del 1230 al 1180 a. C., aproximadamente.

el cataclismo que le siguió. Las nuevas expansiones se dirigieron hacia Italia, Grecia, Anatolia y el área oriental mediterránea (fig. 5). En la terminología arqueológica este es el periodo de los campos de urnas. La práctica de la cremación se hizo más general que la de la inhumación. Los grandes cementerios indican el aumento de población. La producción de bronce cre-

ció notablemente. Se desarrolló la laminación del bronce y aparecieron, entre otras cosas, armaduras y vasijas de bronce. Nunca había habido antes tan gran número de espadas, dagas, lanzas, cabezas de flecha, hachas, hoces, y de adornos como broches, fíbulas y arneses para caballos, todo de bronce. Los guerreros llevaban armaduras o coseletes, martillos, escudos y grebas. Hacia el 1230 a. C., o algo más tarde, todos estos artículos centroeuropeos aparecieron en la Grecia continental, Creta, Chipre, Siria y Egipto. Al mismo tiempo aparecieron en el norte, centro, y sudeste de Italia espadas, dagas, hachas aladas, así como también campos de urnas sepulcrales, y fíbulas en forma de arco de violín.

Siguiendo su periodo de grandes expansiones, la cultura de los campos de urnas mantuvo su papel dominante en Europa. Entre el siglo XII y el siglo VIII a. C. fue entrando gradualmente en la Edad del Hierro; pero terminó con la aparición de otros poderes y la diferenciación interna resultante. Uno de estos nuevos poderes fue el representado por los primeros jinetes escitas que entraron en Europa al final del siglo VIII y continuaron sus incursiones en los siglos VI y V a. C. Las ramificaciones culturales occidentales y meridionales centroeuropeas no fueron alcanzadas por los invasores escitas procedentes del este; de ellas surgirá la cultura celta e iliria llamada de «Hallstatt».

Los núcleos de los grupos lingüísticos celta, itálico, ilirio, véneto, frigio y armenio se deben buscar en la Edad del Bronce

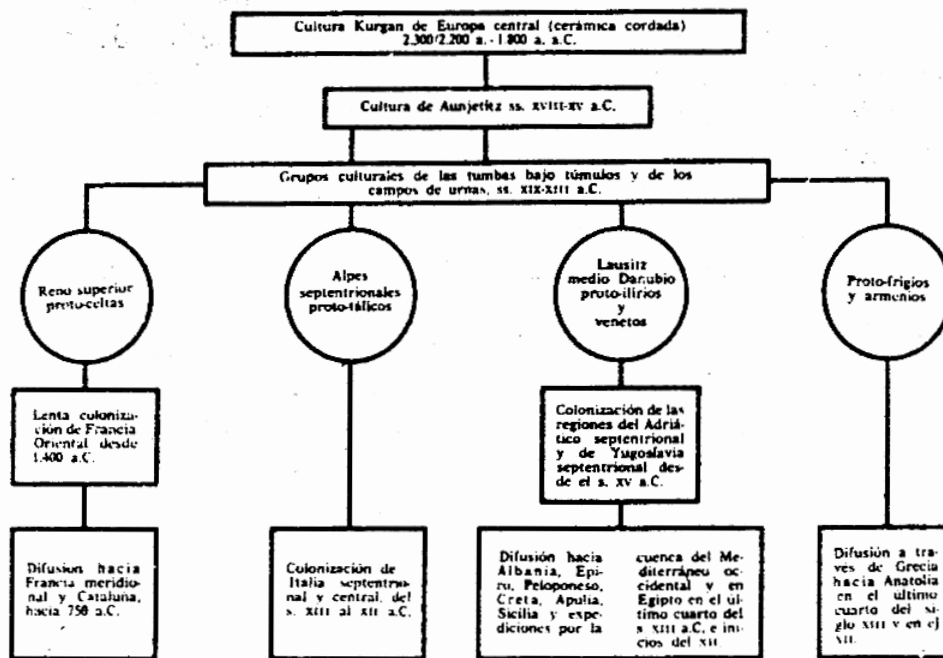


Fig. 6. Esquema de la diferenciación y expansión de las culturas centroeuropeas de la Edad del Bronce.

antigua y media centroeuropeas. Sus formaciones enlazan con expansiones hacia el este de Centroeuropa y este de Francia alrededor del 1400 a. C.; hacia Italia, sur de Yugoslavia, Macedonia, Grecia, Anatolia y el área oriental mediterránea, en el último cuarto del siglo XIII a. C.; y hacia el sur de Francia y Cataluña hacia mediados del siglo VIII a. C. En el gráfico de la figura 6 se muestra un esquema aproximado de la diferenciación y expansiones del bloque centroeuropeo en la Edad del Bronce.

La cultura del área septentrional en el nordeste de Alemania, Dinamarca y sur de Suecia es probable que sea la cuna de los primeros hablantes de lenguas germánicas. A lo largo de la Edad del Bronce su cultura se unió con la del centro y occidente de Europa. Las materias primas para la artesanía de los forjadores del bronce se tenían que importar en forma de lingotes de las áreas donde había cobre y minas de estaño.

Durante la antigua Edad del Bronce centroeuropea los habitantes del norte hacían imitaciones con sílex de objetos metálicos. Este periodo fue llamado por esa razón de «las dagas de sílex», pero poco después del 1400 a. C. ya se encuentran objetos de bronce locales. Los forjadores adquirieron una gran maestría, aunque las espadas, dagas, hachas y adornos fueran como los prototipos centroeuropeos.

La Edad del Bronce se conoce en el área septentrional por grandes sepulcros en las cumbres de las colinas, construidos en hilera, y hechos con piedras recubiertas de césped que contenían ataúdes de roble bien conservados, en los que se incluían cuerpos, ropas, objetos de bronce y otras pertenencias del difunto. Datan del final del segundo milenio a. C. El hecho de que las sustancias orgánicas se conservaran es debido a la humedad, al ácido en los ataúdes de roble y a capas de un compuesto del hierro que había sobre los ataúdes. Los ataúdes de roble de Egtved, Borum Eshøj, Skrydstrup, Muldbjerg y otros túmulos de Jutlandia contenían ropas de hombre y mujeres perfectamente conservadas, tales como túnicas, chaquetas, blusas, faldas, cinturones, cintas para el pelo, redecillas y gorros. También se conservaron hebras de lana, cajas y cubos de madera y un taburete de madera plegable, probablemente importado de Creta. A este mismo periodo pertenece el carro del sol, hallado en un depósito de turba, en Trundholm, Zelanda, y que tenía una significación religiosa; consiste en un disco de bronce dorado adornado con diseños espirales, llevado sobre seis ruedas y arrastrado por un caballo de bronce, modelado en relieve.

La Edad del Bronce del área septentrional desarrolló sus rasgos más característicos en la primera mitad del primer milenio a. C. Las armas y adornos se distinguen por una decoración

más elegante, incluso con diseños calados. Se pueden considerar objetos típicos: broches con los extremos en forma de disco, discos y placas cuadradas para cinturones y sobre todo un instrumento musical, llamado *lur*, que tiene grandes tubos retorcidos y que se encontraba casi siempre en pares; en los depósitos de turba daneses se encontraron más de treinta. Otro importante hallazgo de estas turbas son cuencos de oro, cascos con cuernos importados de Europa central, y estatuas de dioses en miniatura, fundidas en bronce.

IV. LA EDAD DEL HIERRO

La mayoría de los grabados en roca en el sur y centro de Suecia pertenecen al periodo que abarca desde el 1300 antes de Cristo aproximadamente hasta la Edad del Hierro, y se han podido fechar en parte por medio de los tipos de barco y de hacha grabados, que aparecen también en las hojas de cuchillos de fecha claramente determinada. Entre los dibujos se incluyen figuras geométricas, círculos, soles, lunas, figuras animales, humanas y divinas, carros, jinetes, bueyes arando e incluso los surcos del arado en el campo. Casi todos los signos y figuras debieron tener una significación religiosa y son preciosos documentos de la vieja religión. Se pueden considerar de igual valor los grabados en losas de piedra que se encontraron en el interior de los enormes sepulcros reales de Kivik, en el sur de Suecia. Estos incluyen un hombre en un carro de dos ruedas tirado por dos caballos, figuras humanas en forma de *ese*, y otros diseños geométricos compuestos.

Durante el periodo Hallstatt centroeuropeo, el área septentrional estaba todavía en la Edad del Bronce, a pesar de las activas relaciones comerciales con el sur. La Edad del Hierro comenzó alrededor del 400 a. C. Las tradiciones tardías de la Edad del Bronce persistieron incluso en la Edad del Hierro prerromana.

La cultura de la Edad del Bronce en el Báltico tuvo un desarrollo paralelo al de la cultura de la zona septentrional. Las fuentes de ámbar del este de Prusia y Lituania abrieron las puertas a la comunicación con el centro de Europa por medio del cual se introdujo el metal desde 1600 a. C. Aunque menos sofisticados que sus vecinos occidentales, los antiguos pueblos bálticos crearon su propia cultura de la Edad del Bronce a partir del 1300 a. C. aproximadamente. Esta cultura se caracteriza por broches de cabezas cilíndricas y espirales, hachas de guerra, hachas de hoja en forma de pestaña y, en la primera parte del primer milenio a. C., por objetos de adornos variados y por hojas de hacha provistas de agujeros

en los que introducir el mango. Esta cultura desarrolló hasta los tiempos romanos, y aun después, en la misma región geográfica y tuvo su máximo esplendor entre los siglos II y V d. C.

La cultura del norte de los Cárpatos, que se localiza entre el sudeste de Polonia y la región del medio Dnieper, probablemente protoeslava, también tuvo un largo y pacífico desarrollo como satélite de Europa central, y mantuvo relaciones con la cultura báltica y la Monteoru del este de Rumania.

Desde el 700 a. C. estuvo fuertemente influida por los invasores proto-escitas y escitas. Una parte de estos antiguos agricultores del occidente ucraniano cayeron bajo el poder de los esuitas. Los «agricultores escitas» de que habla Heródoto, en la región del medio Dnieper, eran posiblemente antiguos eslavos.